

OTILIA
Crónicas de dolor, rebeldía y lucha

Ulrich, Germán

Otilia : crónicas de dolor, rebeldía y lucha / Germán Ulrich. - 1a ed. -
Vicente López : Mariano Ariel Pennisi, 2018.

96 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-978-778-016-9

1. Derechos Humanos. 2. Acción Política. 3. Biografías. I. Título.
CDD 920.72

EDITORES IGNORANTE

dirigida por Ariel Pennisi y Bruno Napoli

Diseño de tapa e interiores: Nahuel Croza

Logotipo: Rodrigo Noya

GERMÁN ULRICH

Otilia

Crónicas de dolor, rebeldía y lucha

EDITORES
IGNORANTES

SOBRE EL AUTOR

Germán Ulrich (Viale, Entre Ríos, 1971).

Es autor del libro *En el Oeste* (relatos), 2017.

Ejerce el oficio de periodista. Trabajó en radios, diarios y agencias de noticias. Es corresponsal en Santa Fe de Télam. Publicó cuentos en revistas de Argentina y de España.

Palabras iniciales

CON MUCHA emoción dejo a través de este libro sobre Otilia un abrazo para todas y todos en Santa Fe, para quienes participaron y participan en la búsqueda de la verdad y la justicia. Mi deseo es que cada libro, cada página que se escribe en este sentido sea un recuerdo y una parte de la memoria. Es una tarea que nos debemos las madres, los hijos y ahora también los nietos. Conocí a muchas Madres en Santa Fe que fueron siempre muy luchadoras y algunas de las cuales ya no están, así que les comparto mi cálido recuerdo. Espero siempre volver a Santa Fe para seguir compartiendo hechos como este libro y lo que queda por escribirse.

NORA CORTIÑAS



Prólogo

por PEDRO E. BAYÚGAR*

CONFIESO QUE no he tenido muchas oportunidades de prologar un libro, en este caso lo hago por la feliz coincidencia de la generosidad del autor y por mi gran satisfacción de poder expresar mi apoyo a esta obra de investigación y, fundamentalmente, por el interés y afecto que tengo por Otilia, el personaje de este libro, nuestra querida Madre de Plaza de Mayo.

Digo que Otilia me interesa y seduce como personalidad del mundo político, porque esta humilde mujer del barrio Santa Rosa de Lima, vio asesinar a su hija en la puerta de su casa, en un crimen aleccionador que montaron los agentes de la dictadura, ante los hijos de Nilda y sus vecinos, haciendo inútiles y vanos sus pedidos para que no la mataran, ya que tenía un bebé que necesitaba de ella...

Es decir que Otilia, a diferencia de la mayoría de las Madres, no buscaba a su hija, no desconocía su paradero, por el contrario, Otilia sabía absolutamente todo, la habían asesinado, y sus cenizas las guarda como un tesoro en una urna, que abraza celosamente en su habitación.

No obstante estas certezas, Otilia se unió a la lucha de las Madres, solidarizándose con la angustia de sus

* Secretario General de SADOP Santa Fe

compañeras que sí buscaban a sus seres queridos, de los que ignoraban si vivían o si estaban muertos, es decir, Otilia tuvo una actitud propia de un cuadro político y enfrentó a la dictadura con las convicciones y el compromiso que surgen propiamente del dolor, de la bronca e impotencia, frente a la prepotencia de los asesinos de Nilda y de los socios de esos asesinos.

Hoy Otilia es una permanente compañera de todos los Actos y movilizaciones que organizan los diferentes Organismos de DD.HH., en todos pide hablar y con autoridad, con esa autoridad que dan los años, la coherencia y la lucha sostenida, nos pide que no abandonemos la lucha, repitiendo una y mil veces que “la única lucha que se pierde es la que se abandona...”.

Otilia, después de casi cuarenta años de lucha junto a las Madres, seguramente no podría decir que ha logrado el fruto de su lucha personal, es cierto, Nilda no vive, pero su humilde barrio a ella le brinda su cariño con el reconocimiento de todos sus vecinos, vive en la calle que lleva el nombre de su hija, ha participado en reiterados homenajes a su hija. Se siente importante y respetada por no haber sido indiferente, por haber sido solidaria y valiente, denunciando, cuando muchos callaban, el asesinato de Nilda, explicitando a voz en cuello el nombre de sus asesinos y poniéndose orgullosa su pañuelo blanco, en testimonio y símbolo de su rebeldía, de la rebeldía de las Madres, de su lucha y de su dolor.-

Por todas estas razones y otras tantas que guardo para mí, es un gran orgullo y un gran gusto prologar este trabajo periodístico, de investigación y, en definitiva, este trabajo que da cuenta de la importancia de escribir, de relatar, de describir, de transmitir y hacer vivir al lector momentos muy significativos de nuestra historia, de

las singulares historias que componen la gran historia, de sintetizar la historia de Otilia, nuestra querida Otilia.

Germán Ulrich realiza en esta obra una descripción prolija, minuciosa y exhaustiva de todo lo que aconteció en Santa Fe alrededor del asesinato de Nilda, de la vida de Otilia después de este crimen. Realmente es un muy valioso aporte para la reconstrucción histórica del accionar de las fuerzas represivas en Santa Fe, de sus hombres y sus nombres, del papel de la prensa y de otros actores sociales. En el caso de la Iglesia, en el testimonio del cura de Santa Rosa de Lima, hay una visión alentadora y promotora del compromiso de Nilda y Luis Silva, pero no parece ser la postura oficial y generalizada de esa institución; apenas si hubo un gesto de piedad, gestionando la entrega del cadáver de Nilda, quizá para compensar tanto dolor, quizá para acompañar a Otilia, quizá para diferenciarse del resto del poder imperante, quizá para no sentir tanta culpa.

En el Sadop nos sentimos herederos del compromiso y de la lucha de docentes como Nilda, que fue siempre docente de una escuela privada, la hoy Escuela Santa Rosa de Lima N° 1196, quien desarrolló especialmente su tarea educativa en las aulas radiales, donde la marginalidad se sentía con más profundidad, con mayor crudeza. Esas aulas radiales en las que luchó Nilda, hoy son una Escuela, que no lleva su nombre como correspondería, sino que, como Germán bien lo dice, lleva el nombre de Monseñor Vicente Faustino Zazpe. Suena como premio a un patrón por la lucha, el compromiso, y la pasión educadora de una trabajadora como Nilda Elías. Cabe también recordar que Nilda Elías fue dejada cesante, en su cargo de maestra de grado de la aludida escuela Santa Rosa de Lima, por abandono de trabajo y a pedido de su empleador.

El agradecimiento es, nuevamente, para Germán Ulrich, por haberme permitido prologar su obra, pero fundamentalmente por su valentía y trabajo de investigación, que pone de relieve una fidelidad a la verdad y un compromiso con las luchas populares, digno de destacar.

Otilia

Crónicas de dolor, rebeldía y lucha

GERMÁN ULRICH



I

OTILIA ABRE los ojos, toma sus anteojos de la mesa de luz y se los coloca. Se incorpora despacio, con dificultad. Todavía es temprano, pero igual se levanta: es 24 de marzo. Se recoge el pelo, ya casi completamente cano, con unos invisibles. Se viste sentada en la cama. Toma su bastón y va hasta la cocina. Su hijo Alejandro, con cara de sueño, pone a calentar la pava para el mate, que ella se cebará con mucho azúcar. Se asoma luego un momento al patio delantero y mira el día. Voltea la mirada hacia la esquina y sus ojos chocan con el cartel de un azul desteñido que señala el cruce de pasaje Luis y Nilda Silva con calle Aguado. Luis era su yerno, desaparecido desde noviembre de 1976; Nilda era su hija, asesinada por una patota de la dictadura en el mismo lugar que ahora ella pisa, en abril de 1977. Una ráfaga de metralla le arrebató la vida delante de sus tres hijos, sus padres, sus hermanos y de vecinos que observaban ocultos detrás de las ventanas. Desde esa noche pasaron más de 40 años, pero Otilia aún tiene una lágrima para secar antes de volver al interior de su casa.

El día amaneció despejado en Santa Rosa de Lima. En el otoño recién estrenado lo único que lo evidencia son unas pocas hojas marrones, que se desprenden de los árboles en busca del suelo. Las casas bajas, el cielo abierto y azul, la callecita que más de 70 años después Otilia puede ver igualmente descuidada, ahora con una

capa poceada de asfalto, echada allí como al desgano, a poco más de 20 cuadras de la Casa de Gobierno. Ese es el paisaje, que ciertamente no refleja lo que del barrio suelen decir en la radio o escribir en los diarios.

En los días anteriores aparecieron los periodistas, poco habituados a cruzar las vías, como siempre que se va acercando la fecha. Otilia se apura porque el móvil de una radio quedó en venir a las 7. Falta algo importante: se coloca en la cabeza su pañuelo blanco. Luego sí, los recibe con una sonrisa y se limita a hacer silencio ante la catarata de halagos de rigor: le dicen que es un símbolo, un orgullo, un ejemplo. Como cada vez, les dedica su frase de inicio, como una gracia que va antes que nada: la lucha que se pierde es porque se abandona. El movilero sonrío, satisfecho. Cumplió su deber, alcanzó el mínimo que se espera de él. Los periodistas en el estudio de la radio logran un prodigio de memoria y reiteran calcadas las preguntas y las reflexiones del anterior 24 de marzo. Y Otilia decide el rumbo, elige lo que contar, y cuenta una vez más lo que recuerda de la fatídica experiencia, ahora lejana experiencia, de la represión ingresando con ferocidad en esa, su casa; a esa, su vida.

Con la claridad comienza el movimiento en el barrio. Los muchachos salen rumbo al este, que desde allí es el centro. Los trabajos y los días se encuentran casi siempre, la changa -cuando hay- no conoce de feriado. Los periodistas son testigos del módico éxodo y de los saludos que doña Oti cosecha entre sus vecinos. Antes de abandonar la zona hasta el próximo 24 de marzo, los visitantes recorren con la vista el panorama, allá la plaza, hacia el otro lado el caserío de techos de chapas herrumbreadas, los alrededores que sus ojos les revelan, y a través del micrófono le cuentan al resto de la ciudad que allí las

cosas están en orden, aunque alguna cosa falta, como por ejemplo que pase un poco más seguido el camión recolector de basura. Otilia ya está en otra cosa. De un momento a otro la vendrán a buscar para ir al cementerio municipal, donde cumplirá la primera de sus actividades del día. Entonces se apronta, y cuando llega Guillermo Munné ella está lista para subir a la camioneta. Guillermo es abogado de HIJOS, compañero de Valeria Silva, nieta de Otilia. En el Panteón de la Memoria se homenajea a los desaparecidos cuyos restos descansan allí, y en ellos a los 30.000. En el acto hay 20 o 30 personas, en su mayoría jóvenes con sus remeras negras, que exigen juicio y castigo para la gorra militar encerrada en un círculo rojo. Otilia encabeza la corta marcha por entre los caminitos del cementerio, Valeria empuja la silla de ruedas. El rostro de Valeria remite al de Nilda, y el de Nilda al de Otilia. A Valeria le aguarda, cuando pasen muchos años, el privilegio de parecerse a Otilia. Los clavetes rojos caen sobre el mármol del panteón. Alguien apoya un mate, otro eleva una plegaria. Otilia es la única Madre, otras están impedidas de concurrir, otras ya no están. Entre éstas últimas, a la que Otilia recuerda un poco más, mientras se deja conducir fuera del cementerio, es Ramonita Maldonado. Porque fue una de las primeras madres que conoció y porque junto a ella trajinó calles, plazas, juzgados y, también, un geriátrico. Y porque Ramonita se fue para no volver en una madrugada de julio, cuando se le terminaron las fuerzas. Ella buscó hasta el día de su muerte a su hija Estela, secuestrada a los 20 años y vista por última vez en el centro clandestino de detención Olimpo. Otilia siente ahora en las suyas la tibieza que irradiaban las manos de Ramonita en cada apretón, aún en los bravos días de aquellos inviernos.

Otilia sale a la vereda del cementerio arrinconada por la tristeza, los ojos limpios, la memoria invadida. Por los recuerdos de Nilda, claro, pero con los agregados que fueron depositando los años y nuevos amores, personas, razones. Se le viene a la mente la última vez que con Ramonita visitaron en el geriátrico a la Negrita Alejandra Ravelo, madre de María Esther, o mejor Pinina, cuyos restos fueron recuperados desde el campo militar San Pedro, cerca de Laguna Paiva, identificados en 2012 por el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF).

Ya no nos conoce, dice Otilia, con voz apenada. Está al tanto de la adversa historia de la Negrita, sabe que enterró a sus tres hijos y que por muchos años abrigó la esperanza que los represores que secuestraron a la Pinina no la hubiesen asesinado por el solo hecho que era ciega. Otilia repitió en su discurso ante al panteón que hay que seguir diciendo Nunca Más. Lo dice por Nilda, lo dice por todos en realidad, también por la Negrita, que perdió a sus hijos y luego, la memoria.

Sumó con el tiempo Otilia nuevas actividades. Antes del acto central de la tarde, en la plaza 25 de Mayo, insiste en participar de otros, menores, como el de San José del Rincón. Es entonces la próxima escala. Se acomoda en el asiento trasero de la camioneta, su silla de ruedas va al baúl, y parte algo parecido a una caravana que desde el cementerio vuelve unas cuantas cuadras hacia el sur, luego atraviesa toda la ciudad buscando el este, sale a la ruta 168 y después trepa en dirección norte por la ruta 1 hasta llegar a Rincón. Otilia viste una pollera azul, una camisa de tonos ocres con estampados veteados, blancos, y flores grandes, de marrón a lila. Encima, una campera de lana de un amarillo tenue, de media estación. Cruzada como una banda, de derecha a izquierda, la tira de

cuero negro de su cartera. Y sobre su pecho, sitio en el cual, asegura, lleva a Nilda, cuelga una fotografía plastificada que precisamente muestra el rostro calmo y franco de una mujer llegando a los 30 años, con el cabello negro, largo hasta casi tocar los hombros, nariz ancha, la boca con los labios juntos, en semisonrisa, y los ojos negros, los pómulos firmes, la frente apenas estrecha, y en el borde inferior una camisa a cuadros, el cuello desnudo, y debajo, el nombre: Elías de Silva, Nilda. La fotografía llama la atención de algunos niños. Otilia los atrae. Se acercan solos o con sus padres. Una nena que todavía ensaya cómo es eso de caminar sin apoyos se acerca y le tiende una mano, a un costado del círculo formado por pañuelos blancos pintados en el piso con esténcil. Otilia se emociona. Tiene, en estos días, las lágrimas urgentes. El acto de Rincón es íntimo, no se trata de un gentío, y esas lágrimas pasan desapercibidas. Otilia, con un pañuelo blanco entre las manos –no el que pide cárcel a los genocidas, que le contiene la cabellera– habla con una muchacha cuya remera negra la identifica con una militancia, ambas con gesto grave, de conmemoración. La plaza Brigadier López va quedando a solas, con su aire pueblerino. Antes de la partida, una última fotografía con todos los integrantes de HIJOS. A la manera de un equipo de fútbol antes de un partido, los que se ubican atrás están de pie, entre ellos Guillermo y Lucila Puyol, la histórica abogada del grupo. Y los de adelante posan en cuclillas, allí Valeria, y allí Otilia en su silla. Luego, la retirada. Otilia observa por la ventanilla la salida desde Rincón y se asombra de la forma en que ha cambiado el entorno. La ruta 1 convertida en autovía, el intenso fluir de vehículos, el avance de las construcciones sobre los espacios verdes desde Colastiné y a lo largo de todo

el camino. Es hora de almorzar. La camioneta estaciona en pasaje Luis y Nilda Silva 4538 y Otilia baja. Se queda un momento ahí, en el frente de su casa, apoyada en su bastón, mientras Guillermo saca la silla del baúl. Ve lo mismo que todos los días desde hace tantos años. Un tapial de ladrillos con un vago vestigio blanco de cal que ya no es, en el medio un portoncito de caño y alambres, el pilar de la luz que quedó del lado de adentro. Más allá, la casa.

Ella llegó al barrio en la época del primer peronismo. En el terreno había una sola pieza, sin nada en los huecos de puertas y ventanas. A partir de esa carencia edificaron, con Made Elías, su compañero de años, todo lo que vino después. Una galería, alguna pieza de adobe, otra de material.

En verano dormíamos en el patio, recuerda Otilia. Y es que la casa fue haciéndose de a poco, como la familia, que llegó a contar seis hijos. Carlos fue el mayor y por su oficio no siempre fue fácil determinar su paradero. Apodado Cascarilla, se dice que desde hace un tiempo vive en la provincia de Misiones. Luego, Mirta, que supo vivir en el Chaco y más adelante volvió al pago, en el barrio Ciudadela, cerca de la cancha de Gimnasia y Esgrima. La tercera fue Nilda, que precedió al ala más joven, integrada por Mercedes, José y Alejandro. Made se ganaba la vida con un carro tirado por un caballo, vendiendo verduras por la calle y de a ratos perdiendo lo poco que juntaba, a suerte y verdad, incluidos un día el carro y el caballo. Otilia era cocinera en los comedores de la Casa del Obrero Estudiante (COE), obra iniciada por el ex cura José Serra. El trabajo duro convivía con la pobreza, no alcanzaba a derrotarla. Era un avance lento, de ir logrando las cosas de a poco, con mucho sudor. Lo mismo que el barrio, zona

roja antes por las chicas, zona roja después por las balas, postergado hasta lo increíble. Pero si Otilia no llegó más que a segundo grado, y hasta la vejez vivió en la penumbra de no saber leer y escribir lo básico, una cosa supo y se propuso: darles a sus hijos el acceso al estudio. Deja esos pensamientos de lado. Alejandro, que vive con ella y la asiste, preparó el almuerzo. Otilia deja descansar la silla de ruedas y con la ayuda del bastón da unos pasos sin prisa hasta la mesa.

* * *

NILDA NOEMÍ ELÍAS nació el 16 de enero de 1947. La noche del 11 de abril de 1977 ella, sus tres hijos y su madre Otilia bajaron del colectivo en Aguado y caminaron por pasaje Liniers los pocos metros que separan la casa familiar de la esquina. Nilda estaba siendo perseguida por las fuerzas represivas por ser una militante de Montoneros, más aún después de la desaparición de su esposo Luis Ismael Silva, ocurrida el 11 de noviembre de 1976 en el partido de Morón, provincia de Buenos Aires. En situación de clandestinidad, la mujer llegó a Santa Fe porque unos días antes, el 6 de abril, su hijo mayor Luis Marcelo había cumplido seis años. Antes de ingresar a la casa Nilda pensó que era extraño que hubiese un auto estacionado frente a la casa, pero Otilia dijo que debía ser un enfermero cumpliendo su tarea en el barrio. Entraron y mientras Nilda fue a una habitación a cambiarle los pañales a Nicolás, el nene más chico, que entonces tenía ocho meses, Otilia se dirigió hacia la cocina a preparar una pizza para la cena. Desde afuera comenzaron a llegar voces reclamando la presencia de Nilda, y Marcelo avisó

de la novedad a su madre, que de inmediato comprendió de qué se trataba aquello. Salieron afuera Otilia, Made, Marcelo y Valeria, que en diciembre había cumplido los cuatro años. Pudieron comprobar que había al menos tres automóviles sin identificación y varios hombres armados vestidos de civil, también algún uniformado. Uno de los extraños le preguntó a Otilia por su hija. Ella no está, dijo Otilia, pero no le creyeron y la apartaron de un manotazo. A Made uno de los intrusos le asestó un fuerte golpe en la cabeza con la culata de un revólver. Los dos adultos y los dos niños debieron cruzar la calle, obligados, y permanecieron en la vereda de la casa de Clorinda, la vecina de enfrente, que observaba todo desde la ventana. El despliegue de hombres armados fue aterrador. Los había en los techos de las casas adyacentes, en los patios y parapetados detrás de los árboles y de las tapias. Había, también, un fuerte operativo en los accesos al barrio, donde policías controlaban y acompañaban hasta sus casas a quienes bajaban de los colectivos. Comenzaron los disparos y Made, con las manos cruzadas detrás de la nuca, se acercó a los hombres y logró que lo dejaran buscar a Nicolás, que había sido protegido por su madre y envuelto en una frazada estaba oculto debajo de una cama. El tiroteo sobre la vivienda se reinició una vez que salieron abuelo y nieto. En medio del terror y la confusión, Marcelo recuerda que detrás de un árbol había un uniformado que disparaba hacia el interior de la casa, apenas a un par de metros de donde ellos estaban. Con toda la cuadra a oscuras, podían apreciarse nítidamente los fogonazos de los disparos y ese espectáculo siniestro se completaba con gritos de uno y otro lado, y el llanto de Otilia, de cuya pollera se aferraban sus nietos. Como ocurriría de allí en más.

En un momento dado se hizo el silencio. Otilia dice que uno de los hombres era el de posterior triste fama Héctor Romeo Colombini, alias El Pollo. Por favor, no la mate, tiene un nene, rememora su ruego Otilia. El represor le colocó un revólver en la cabeza y la amenazó: se calla la boca o le pego un tiro.

Nilda salió de la casa con las manos en alto, sin portar ningún tipo de armas, sin oponer ningún tipo de resistencia. Los represores apretaron sus gatillos apuntando contra su pequeño cuerpo. Una ráfaga de ametralladora la alcanzó con varios impactos en la parte izquierda del pecho y en su brazo izquierdo. El informe del libro de sanidad del hospital José Bernardo Iturraspe, que estaba bajo la órbita del Área 212 del Comando del Segundo Cuerpo del Ejército, indicó además una herida de arma de fuego en el muslo derecho.

Todavía le pido que no la mate, dirá Otilia 40 años después. Esa noche perdió el conocimiento y sólo de fragmentos se compone su memoria. En una declaración ante el Tribunal Oral Federal que juzgó por segunda vez al ex juez Víctor Hermes Brusa, en 2014, Otilia mencionó, además del nombre de Colombini, uno aún más pesado: el coronel Juan Orlando Rolón, jefe del Área 212, que según su testimonio era el que daba las órdenes en el operativo. A la distancia, Otilia recordó que Colombini le dijo al jefe: “Ya está”, a lo que Rolón contestó que “siguieran disparando”. Y luego aparecen otros nombres que se repitieron mil veces en la historia de la aciaga noche de la dictadura en Santa Fe. El cadáver de Nilda fue llevado a la morgue del hospital Iturraspe. De esa clase de traslados se ocupaba el entonces subcomisario Juan Calixto Perizzotti, jefe de la Guardia de Infantería Reforzada (GIR) y desde enero de 1977 hasta su disolución en noviembre de

1983 a cargo de la Oficina de Coordinación dependiente del Área de Defensa 212. Es decir, era subalterno del poderoso Rolón.

La casa de Otilia fue ocupada durante casi todo un día por los militares que participaron del operativo y cuando ella y su familia pudieron regresar hallaron todo revuelto. Les robaron lo poco que de valor había y destruyeron instalaciones eléctricas, el televisor y todo espacio que, según los represores, pudiese haber servido como escondite. No hallaron nada, ni armas ni documentación. Al cuerpo de Nilda lo reconoció su hermana Mercedes y la familia logró que se lo entregaran por una gestión de monseñor Vicente Zaspé, en esa época obispo de Santa Fe.

* * *

SOBRE EL asesinato de Nilda Elías hubo una inmediata versión al día siguiente, cuando el diario vespertino El Litoral publicó una noticia muy breve, de apenas tres párrafos, que retomó el argumento muy utilizado por esa época de enfrentamiento entre fuerzas de seguridad y militantes. Es decir, la versión oficial para narrar lo que, luego se sabría, fueron centenares de crímenes.

La importancia de esa noticia, al igual que otros innumerables ejemplos, radicó en la creación de una suerte de realidad paralela desde los medios de comunicación, una verdadera atmósfera de la que se nutrió una amplia franja de la población para, a través de ella, observar lo que sucedía. Sigue pasando.

La noticia comienza aclarando que sobre el caso “no se había producido información oficial” hasta el cierre de

esa edición, y seguidamente recoge la versión que señala que “efectivos de seguridad sostuvieron enfrentamientos con elementos subversivos”. Se refiere a dos, y añade que “el primero de ellos se produjo en una vivienda ubicada en Mendoza y Aguado”. Esa cuadra de distancia que separa la esquina mencionada de la casa de Otilia, en pasaje Liniers entre Aguado y Europa, representa un error nimio en comparación con la falta de rigor del texto. Luego indica que “al llegar los efectivos fueron recibidos con disparos de armas, generándose entonces un recio tiroteo”. La imaginación más febril debería tener dificultades para sostener que entre cinco y seis militares y policías fuertemente armados se enfrentaban, a esa altura de la noticia, con una mujer de 30 años, que se encontraba en una habitación de una casita de barrio acompañada de su hijo más chico, un bebé de pecho. Sigue el diario: “En su transcurso, según se sabe, habría hallado la muerte una guerrillera”.

El vespertino, con sus fuentes, ensaya luego la identificación de la mujer: “Se trataría de una joven de apellido Nader, (a) ‘La Japonesita’”. Sobre este punto, todo parece indicar que quienes se encargaron de recabar los datos del operativo confundieron el nombre del padre de Nilda, Made, con un apellido, y de ahí el Nader –también erróneo– que figura en el texto. Sobre lo de La Japonesita conviene aclarar que no era un alias utilizado por Nilda en su militancia, ni lo que se mencionaba como nombre de guerra, sino simplemente un apodo con el cual era conocida en el barrio.

El dato falaz surgido de la versión oficial transmitida por voceros de la represión a través del tradicional periódico santafesino fue retomado tiempo después por investigadores que hablaron de una resistencia armada

de parte de Nilda, que no existió. No hubo granadas ni armas automáticas, como indicó un cable de la agencia Noticias Argentinas que replicó, entre otros medios, el diario La Capital, de Rosario. Hubo una mujer indefensa fusilada por una patota del Ejército Argentino, apoyada por agentes de la policía de Santa Fe.

II

LUIS SILVA y Nilda Elías se criaron en Santa Rosa de Lima. Él, que había nacido en Marcelino Escalada, en el departamento San Justo, pasó su infancia y adolescencia en una casa situada en la esquina de Estrada y Juan de Garay, unas seis cuadras al sur de donde vivía Nilda. En esa época no había ninguna mejora en las calles de tierra, tampoco alumbrado público, agua corriente y mucho menos un sistema de cloacas. El cura Osvaldo Silva, que al igual que muchos tercermundistas abandonó con posterioridad los hábitos para formar una familia, llegó a la parroquia del barrio en 1966 y fue testigo de las inquietudes que los llevaron a integrarse a los grupos juveniles de la Acción Católica Argentina (ACA) y después trascender ese espacio para trabajar por la comunidad desde las calles. Treinta años más tarde Silva contó la impresión que le causó Nilda cuando se presentó ante él expresando que quería enseñar catecismo: “La recuerdo menudita, más bien baja, bien proporcionada, con ojos oscuros e inteligentes, rostro en triángulo, con una sonrisa entre simpática y picaresca”. Las dudas del cura fueron despejadas por la chica, que le informó que en un año se recibiría de maestra. “En el Santa Rosa del año 66 era casi imposible encontrar a un joven cursando el secundario, y de pronto me encuentro con alguien que está por recibirse de maestra”. Esa fue la impresión que causó Nilda en el religioso, de “voluntad, firmeza y determinación”. En el grupo juve-

nil germinó la vocación por el trabajo social. Para el cura Silva, la chica “no era de aquellas personas que anhelan abandonar el barrio en pos de una promoción individual”, sino que “su voluntad era promocionarse con la gente del barrio, comunitariamente”. Cuando obtuvo su título en la Escuela Normal número 32 José de San Martín, Nilda comenzó a trabajar en la Escuela Parroquial Santa Rosa de Lima. Dice Osvaldo Silva: “Elegió ser maestra en los grados radiales de la escuela, en la zona más desamparada del barrio. Yo diría, una zona marginada dentro de un barrio marginado”.

Cuando el cura Silva llegó, Santa Rosa era un bastión de intemperie. Se apoyó en jóvenes como Nilda y Luis Silva, que tenía cinco años menos que ella, para llevar adelante una obra que priorizó la educación. Así se levantó el edificio de la escuela junto a la capilla, en pasaje Liniers 4649. Al principio fueron construcciones modestas, sin revocar, posibles gracias a la intervención de brazos de vecinos. No pasó mucho tiempo hasta que se colmaron esas instalaciones con 400 chicos de los alrededores. Pronto comenzó a funcionar allí la Escuela de Oficios número 35, que dependía del Servicio de Enseñanza Privada. Así, los jóvenes del barrio pudieron capacitarse en tornería y electricidad, entre otras opciones, contando incluso con talleres propios, con profesores que no cobraron sueldo alguno por parte del Estado durante años. Había también clases de herrería, que dictaba Luis Silva echando manos a sus conocimientos de metalurgia.

Las necesidades de algunos sectores de Santa Rosa no se alcanzaban a satisfacer desde ese edificio. La deserción escolar como condena a futuro acechaba. Nilda Elías eligió concentrar sus esfuerzos allí, a través de los grados radiales. En los albores de la década del 70 ya había en

el sistema más de 100 chicos de edad preescolar y de primer y segundo grado. Trabajaban de manera coordinada con la vecinal 12 de Octubre, que Nilda contribuyó a crear y que llegó a dirigir. La vecinal aportó aulas y la parroquia intervino en el aspecto educativo. Todo con una total ausencia del Estado, que ante los constantes reclamos aducía, a través de un sinnúmero de funcionarios, que carecía de fondos y presupuesto. En el final del ciclo lectivo de 1971, la escuela 196 tenía 13 maestras, una directora, una subdirectora y dos porteros, pero solo cobraban un salario 7 maestras, una portera y la directora. Ante ello, el dinero de los sueldos era repartido de manera solidaria también con quienes no los percibían. El barrio se organizaba y reunía fondos mediante rifas, festivales y donaciones. Se hacía evidente que eran precisas otras formas de organización.

La desidia del Estado mantenía sumido al barrio en desoladoras condiciones de vida. Las vías del Ferrocarril Mitre eran un límite a traspasar para conocer otra forma de vivir dentro de la misma ciudad, más precaria, que obligaba a utilizar el término sobrevivir, mucho más apropiado para describir la realidad de Santa Rosa de Lima. En la zona norte, al costado de las vías del Ferrocarril Belgrano, corría un zanjón de aguas servidas que venía desde los hospitales y de la maestranza municipal. Aguas impuras y estancadas que generaban olores repugnantes y la proliferación de insectos y alimañas. Al mismo tiempo, a inicios de los años 60 no había agua de red ni canillas públicas. Sí se contaba con un servicio municipal de aguatero, que tenía paradas establecidas en algunas esquinas pero que llegaba cada dos o tres días, nunca de manera regular. Generalmente, el agua que llevaba era insuficiente para cubrir las necesidades

de todos los vecinos, algunos de los cuales debían caminar varias cuadras para hacerse de un balde. Por esa época no había alumbrado público entre las calles Catamarca y Suipacha, lo que sumado al mal estado de las calles, complicaba toda actividad, incluida la asistencia médica en horarios nocturnos.

Santa Rosa tenía, según el censo de 1963, 12.000 habitantes y llegando a 1970 las estimaciones eran de unos 15.000. Pese a ello, el municipio no había concretado obras de desagüe, por lo que ante lluvias intensas se anegaban las calles y por consiguiente las viviendas. Tanto el alumbrado público como las canillas públicas seguían brillando por su ausencia, pese a que los vecinos organizados se comprometieron a trabajar en su instalación. La municipalidad incumplió la palabra empeñada y no acercó por esos años ni los focos ni las canillas necesarias.

Pero si el abandono no era ya suficiente, sobre 1967 las administraciones provincial y municipal implementaron un plan de saneamiento que resultó eficiente para gran parte de la ciudad, aunque con contratiempos para otros sectores. Para conservar en buenas condiciones la higiene pública y evitar que posibles focos de infección se propagasen, el programa concentró los residuos domiciliarios en cavas situadas en el ejido urbano. El detalle negativo afectó a Santa Rosa. El diario *El Litoral*, en su edición del 31 de octubre de 1967, indicaba: “Por eso es que, no sin sorpresa, se comprobó días atrás, debido a inconvenientes circunstanciales, fue descargada cierta cantidad de residuos en barrio Santa Rosa de Lima, a la altura de la avenida de interconexión y Primera Junta, los cuales quedaron expuestos casi al descubierto, proliferando las moscas y los olores nauseabundos, con la inevitable secuela de niños y cirujas revolviendo la basura”.

Santa Rosa de Lima, límite oeste de Santa Fe, tiene como lindes sur y este a las vías del Ferrocarril Mitre, el río Salado es la frontera oeste, y Suipacha marca su divisoria norte. A mediados de 1971 contaba con tres vecinales: la Asociación Estrada en el sector norte, la Asociación Santa Rosa de Lima en el centro y la 12 de Octubre en la parte sur. En esa época, el reclamo era que se termine el proceso de loteos, para que la gente pudiese encarar la definitiva construcción de sus viviendas de material. Todavía los ranchos predominaban en el paisaje, no había desagües y las calles eran, salvo tramos cortos y excepcionales, intransitables la mayor parte del tiempo.

Con los años, antes que soluciones, se fueron agregando preocupaciones y dificultades. Mientras se avanzaba en las obras de la avenida circunvalación, que dotaría a la ciudad de una necesaria arteria de tránsito y acceso, hacia adentro la marginalidad se acrecentaba con otro flagelo, anteriormente de menor incidencia: el de la inseguridad. Hacia agosto de 1972, el albañil José Carlos Rossi señalaba que por la noche había que trancar bien las puertas y ventanas para evitar contingencias. En esa época ingresar por Mendoza y luego circular hacia el sur por Aguado era una aventura que solo podía encararse en caso de buen tiempo. Para tomar un colectivo había que caminar hasta bulevar Zavalla, periplo que según la zona donde se residiese podía implicar 10 o 15 cuadras. Y aunque a la distancia cueste trabajo crearlo, seguía sin haber alumbrado público. La canilla pública más cercana se situaba en General López y Lamadrid, en el límite con barrio San Lorenzo. Es decir, lejos.

Las lluvias, ante la falta de obras, eran señal de adversidad en serio para los vecinos, y no sólo por la calamidad del ingreso de agua a las casas o ranchos. La intersección

del terraplén con Suipacha se engalanaba en esas oportunidades con un espejo de agua de variables proporciones, lo que impedía el paso de todo vehículo, sea de reparto de mercaderías, ambulancias o móviles policiales. Ya en 1974, los vecinos trajinaban el camino al palacio municipal, cual procesión sin santo, para reclamar que se levante el nivel de calles como Aguado, Suipacha y Estrada, demasiado bajas y siempre proclives a transformarse en arroyos, con lluvias intensas y repentinas, o lagos, cuando las aguas se asentaban después de sus lógicas correrías.

La municipalidad solía emplear un comportamiento que por repetido parecía responder a una táctica: prometer materia prima para obras, que podían ser desde un adoquinado hasta algunas cuadras de veredas, para ello acordar que los vecinos aporten su fuerza de trabajo, y resultar al final que las manos dispuestas no tuviesen los materiales necesarios para las realizaciones.

En ese contexto crecieron y se relacionaron Nilda Elías y Luis Silva, en el de la carencia, la ausencia de apoyo estatal y la certeza comprobada a diario que si los adelantos no llegaban en base a su propio empuje, no llegaban nunca. La vecinal 12 de Octubre, en el sur del barrio, los contó entre los fundadores y primeros dirigentes. El objetivo era conseguir terrenos para que cada familia pudiese dejar atrás el rancho de paja y adobe, de latón y requECHOS de madera, y establecerse en un lugar propio para trabajar con vistas al ladrillo y al cemento. El padre Silva lo resumía en cuatro palabras: loteo, vivienda, trabajo y dignidad. Cuando recordaba los inicios de la relación de Nilda y Luis, el sacerdote lo hacía pensando en esos fundamentos, y consideraba que “la unión de sus vidas ahondó el compromiso social y político de ambos”. Para él, “la semilla del evangelio cayó en tierra fértil”.

“Estoy convencido que muy en el fondo de sus corazones, consciente o inconscientemente, la fuerza que los empujaba a dar siempre más, era la fuerza del evangelio de Cristo”.

Oswaldo Silva arriesga que “Dios les dio el premio de la eterna juventud. Nunca envejecerán. Siempre los recordaremos con sus rostros jóvenes, veinteañeros, soñando un mundo mejor”.

Citó al Evangelio según San Mateo, por aquello de “por sus frutos los conoceréis”. “Las obras por las que trabajaron, lucharon, se alegraron y sufrieron están allí. Agua, luz, loteo, asfalto, casa propia, y sobre todo dignidad de vida para quien quiso entender el mensaje”.

Y continuaba: “Los grados radiales de Nilda fueron la semilla de lo que hoy es la escuela Monseñor Zaspé. Y además el fruto hecho recuerdo imborrable que dejaron en todos nosotros”.

El ex cura Oswaldo Silva completa un perfil del militante Luis Silva: “Cuando llegué a Santa Rosa en el 66, como responsable de la parroquia, Luis ya estaba. Era un chico de unos 15 años. Moreno, más bien alto, ojos muy inteligentes, rostro sonriente, siempre dispuesto a un comentario cómico. Y también siempre dispuesto a dar una mano con el trabajo. Lo recuerdo rodeado de chicos, lo recuerdo en la catequesis, lo recuerdo organizando charlas para la formación de los jóvenes, colaborando y distribuyendo ‘El Domingero’ (una publicación de la parroquia), hablando por la propaladora de la parroquia, junto a Julio Figueroa, en tiempos en que era complicado manipular un micrófono cuando estabas enfrente de la comisaría. Lo recuerdo recorriendo el terraplén Irigoyen en tiempos de inundación y hombreado bolsas de arena para cerrar alguna filtración. Luis fue uno de los funda-

dores y promotores de la Cooperativa de Ladrillos, en la que hubo trabajo para los vecinos y los ladrillos eran destinados a la construcción de viviendas por ayuda mutua. Se construyeron casi 100 viviendas y así el ladrillo reemplazó al adobe en la zona sur del barrio. Lo recuerdo en la huelga de hambre en que se logró el loteo del barrio...”.

* * *

Así como para indagar en la vida de Luis y Nilda es preciso hacerlo también en la del barrio Santa Rosa de Lima y las actividades de agrupaciones como la Acción Católica e instituciones como la vecinal 12 de Octubre y la bloquera, para una comprensión integral es necesario también ahondar en las otras actividades políticas que desarrollaron. A la vez que la organización de la bloquera (puede leerse fábrica de ladrillos, es indistinto) robustecía el trabajo que luego confluía en el Movimiento Villero Peronista (MVP), se fortalecía en el barrio la labor de la militancia de izquierda, que captó numerosos adeptos. Ya por julio de 1970, cuando Luis y Nilda se casaron, ambos pertenecían a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), una organización de orientación marxista-leninista que con el paso del tiempo fue acercándose a otras de similares características encuadradas en el peronismo revolucionario, hasta llegar a su fusión con Montoneros, el 12 de octubre de 1973. En ese momento Nilda, de anterior militancia en la JP, tenía 26 años, y su esposo recién acreditaba 21, no obstante lo cual poseía contactos cercanos con Carlos Caride y el Negro Roberto Quieto, a quien conocía de las FAR.

El MVP fue lo que en la experiencia setentista se dio

en llamar un frente de masas, al igual que JP-Regionales, la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), la Agrupación Evita, la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP). Todas eran agrupaciones de superficie. Los villeros peronistas se situaron con una fuerte impronta cultural en la enmarañada y compleja trama del Movimiento Peronista. Podría decirse del MVP –y también de Luis Silva– que su formación era territorial, peronista e izquierdista. En paralelo al acercamiento de las FAR y Montoneros, entre 1972 y 1973 se fue gestando el MVP, en el contexto de la campaña “Luche y Vuelve”, cuando las organizaciones de la izquierda peronista, unidas en la Tendencia Revolucionaria, apoyaron la decisión de Juan Perón de lanzar la fórmula presidencial Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima, oficializada a finales de enero de 1973. Desde allí, el MVP pasó a ser la única referencia organizada de los villeros, con una estrecha vinculación con la JP. Antes de eso, los antecedentes de organización villera respondían a vecinales y grupos comunistas. Con el regreso al poder del peronismo no comenzó, como podía esperarse, una etapa extremadamente dichosa para los sectores populares. En el caso de los villeros, debido a decisiones del ministro de Bienestar Social, José López Rega, que apuntaba a la erradicación de las villas y a la reubicación de sus ocupantes, contradiciendo su voluntad de lograr la expropiación de las tierras que ya ocupaban y luego mejorar sus casas. Mientras tanto, los dirigentes del MVP impulsaron acciones para acercar al territorio atención médica y jurídica, la conformación de Brigadas de Trabajo, campañas de alfabetización y actividades tendientes a incluir a los niños.

Las actividades del MVP merecían buena cantidad

de espacio en los medios de comunicación, en especial los pertenecientes a Montoneros. Sobresalían el diario Noticias, escrito por periodistas de gran talento como Rodolfo Walsh y Francisco Paco Urondo, y la revista Descamisados, dirigida a un público más identificado con la causa peronista. En la colección de esos medios puede advertirse la importancia que se le otorgó a los congresos nacionales del MVP. El primero se llevó a cabo en Santa Fe, entre el 20 y el 21 de octubre, con actividades en los claustros de la Universidad del Litoral y un acto de cierre en la Plaza Constituyentes. Más de cien delegados de villas de todo el país, que a esa altura aglutinaban a más de un millón de personas, eligieron una mesa ejecutiva integrada por Francisco Zamora por Santa Fe, José Ledesma por Entre Ríos y Vidal Giménez por Buenos Aires. Otros dirigentes de peso eran Luis Silva, el rosarino Juan Ludueña, el tucumano Elías Llocra y el cordobés Jesús Torres.

“Guiado por el espíritu revolucionario de la compañera Evita y comprometido a continuar el proceso de liberación por el cual dieron su vida tantos compañeros en estos 18 años de lucha”, postuló. Para los villeros, Evita era “la llama perenne que ilumina este proceso de lucha diaria y popular por la cual muchos de nuestros compañeros dejaron su sangre obrera y montonera gritando a voz de cuello: ‘Perón o muerte’ y ‘Viva la Patria’”.

Al margen de la manifestación política y amorosa hacia la figura de Eva Perón, el documento reivindica la pertenencia obrera y montonera, y el legado de los mártires de la resistencia posterior a 1955. En cuanto al devenir cotidiano de los villeros, el congreso impulsó la creación de cooperativas como paso previo a la constitución de Empresas Populares. Lo entendían como un ahorro

para el país por el abaratamiento del costo de producción de obra, sin la participación de intermediarios, y porque al mismo tiempo generaba puestos de trabajo. Las cooperativas debían fabricar bloques de cemento y ladrillos. En el caso de Santa Rosa de Lima, esos materiales fueron cambiando el paisaje de algunos sectores, en especial el sur, al reemplazar el gris de los ranchos de adobe. Los vecinos iban pagando sus viviendas de acuerdo a sus posibilidades reales, sin comprometer nunca más del 20 por ciento de sus salarios o jornales.

Tres meses después se llevó a cabo el segundo congreso, en Córdoba, con la participación de unas 500 personas. En esa ocasión el documento final fue más político y radicalizado. Postulaba llevar “al villero a su más alto nivel de conciencia política a través de su protagonismo, hasta lograr que sea claro que él existe porque los gobiernos de turno no le dieron soluciones concretas y además porque el gobierno actual no instrumenta soluciones por no tener el Movimiento Peronista cuadros que implementen medidas populares tendientes a solucionar sus problemas”. El MVP se planteaba, en el seno del Movimiento Peronista, lograr su hegemonía para que “éste sea realmente una herramienta de liberación”, y consideraba que el Frente de Liberación Nacional (FLN) era una alianza de clases o sectores que participan en el campo popular que debía “combatir al enemigo común: el imperialismo y sus aliados”. Sostiene luego que el Pacto Social impulsado por Perón “no representa en los hechos al FLN”.

El documento plantea exigencias al gobierno, entre ellas que el MVP sea reconocido como organización política de los villeros, la oficialización de sus mesas de trabajo y la creación de otras a nivel nacional, provincial y municipal, incluido el Ministerio de Bienestar Social,

para controlar sus proyectos y ejecuciones. Y para terminar de situarse sin margen de duda del lado de Montoneros, el congreso invitó a repudiar la Ley de Represión y a apoyar las movilizaciones en contra de la modificación del Código Penal.

La ruptura entre Montoneros y otros sectores más afines al gobierno se cristalizó en Córdoba. Vidal Giménez dijo años después que las conclusiones de ese congreso le fueron entregadas por Marcos Osatinsky, líder montonero de la provincia mediterránea, antes del inicio de las deliberaciones. Según su versión, Giménez se negó a “manipular las conclusiones del congreso” y desmintió públicamente que el texto hubiese sido debatido. Ante ello fue expulsado y, con el apoyo de Carlos Mugica y el resto de los curas tercermundistas, continuó su actuación como Movimiento Peronista Villero Leal a Perón. Sin embargo, los resquebrajamientos habían comenzado antes, con el asesinato atribuido a Montoneros del secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci, el 25 de septiembre de 1973, dos días después de que Perón ganó las elecciones presidenciales con el casi el 62 por ciento de los votos, en fórmula con María Estela Martínez, o Isabella, su tercera esposa.

Otra prenda de desunión entre Perón y Montoneros fue la renuncia y posterior expulsión de los ocho diputados de la Tendencia Revolucionaria tras los desacuerdos ante la reforma del Código Penal, en enero de 1974.

El final del MVP estaba cerca. A la ruptura que había manifestado el encuentro cordobés le faltaba poco para ser absoluta. El 24 de ese mes Perón, a través del cura Mugica, convocó a los villeros porteños –especialmente de Retiro– que estaban retornando desde Córdoba y recibió en sus manos una carpeta con planos y proyectos. El

presidente insistió en la idea de erradicar las villas y ofreció la construcción de 10.000 viviendas, la mitad en Villa Soldati y las restantes en Ciudadela. Los representantes barriales aceptaron a cambio de participar del control de los materiales y de la construcción de las casas. El problema fue que las promesas no fueron cumplidas. El ministerio de López Rega concretó el traslado de algunas familias a viviendas del Plan Alborada, en Ciudadela, pero abundaron las cesantías de trabajadores y técnicos villeros, a la vez que se inició un plan clientelar para reclutar dirigentes del MVP. En las reuniones con López Rega y sus funcionarios se gestó la persecución de militantes barriales.

Las diferencias entre los villeros afirmados en las convicciones de la Tendencia Revolucionaria y los leales, podría decirse a esa altura incondicionales a Perón, siguieron creciendo. Tras el paso de dos meses sin novedades, el 25 de marzo de 1974 el MVP realizó una movilización a Plaza de Mayo, que fue duramente reprimida por la policía para impedir la llegada de los manifestantes hasta la sede del Ministerio de Bienestar Social. Allí fue asesinado el tucumano Alberto Chejolán, de la Villa Güemes, con un disparo de itaka en el pecho. El responso del dirigente asesinado estuvo a cargo del cura Mugica, que fue insultado por los vecinos cuando en el medio de la ceremonia elogió las intenciones del presidente Perón de lograr mejoras para los villeros. En un artículo de la revista Descamisados, éstos acusaron como responsable del asesinato a López Rega. Pocos días después, el 19 de abril, Mugica insistió en brindar su opinión favorable al plan oficial para los asentamientos villeros en declaraciones a la revista Mayoría. El mar de fondo existente tanto en el MVP como –en un plano más amplio– en la izquierda

peronista, salió a la superficie y quedó a la vista de toda la sociedad en el acto del 1 de mayo, cuando Juan Perón elogió a los sindicalistas y trató de imberbes y estúpidos a los montoneros, que abandonaron la Plaza de Mayo ante el desaire. Pero si cabía un empeoramiento de la situación llegó el 11 de mayo, cuando en el interior de la iglesia San Francisco Solano, de Villa Luro, mataron a balazos al cura Mugica, máximo referente del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y figura pública enormemente conocida y respetada. La trayectoria del cura es un elemento adecuado para analizar la época vertiginosa y violenta y, en ese marco, estudiar el devenir de los movimientos populares. Fue un protagonista ineludible de la vida de las villas y de las instituciones que se gestaron hacia su interior, y en esa línea, una de las claves para comprender el surgimiento y posterior disolución del MVP. Comenzando por el final, el asesinato de Rucci significó para él un quiebre. Dijo en una misa: “Como dice la Biblia, ahora hay que dejar las armas y empuñar los arados”. Lo dijo por haber sido elegido Perón a través del voto popular en un proceso sin proscripciones. Ese enfriamiento de su relación con la Tendencia Revolucionaria, y la inmovible fe en su líder, lo llevaron a impulsar el MVP Leales a Perón, con el delegado nacional Vidal Giménez como principal lugarteniente. De todas formas, resultó llamativa la conferencia de prensa del 14 de mayo, en la cual el MVP Leales y la JP Lealtad sugirieron la responsabilidad de Montoneros en el crimen de Mugica. Desde la Unidad Básica La Hora de los Pueblos, situada en Colpayo y Avellaneda de la ciudad de Buenos Aires, Vidal Giménez, Julio Rodríguez y Hans Rhu indicaron: “No pueden invocar su ajenidad al hecho –en cuanto a la gestación de las condiciones políticas de violencia en que se

inscribe este asesinato– quienes quisieron competir con Perón la conducción del Proceso de Liberación Nacional”. Un día más tarde, dirigentes de todas las agrupaciones de superficie vinculadas a Montoneros brindaron su visión sobre la situación y en ese contexto Luis Silva fue contundente: “Mugica era un compañero nuestro, y en la villa fue uno de los que nos marcaron el camino popular”. El santafesino recordó que uno de los últimos actos políticos del malogrado sacerdote fue “rezar un responso sobre el cadáver de nuestro compañero asesinado Chejolán”, y afirmó que “existen individuos como Vidal Giménez, que hoy negocian en los salones del Ministerio de Bienestar Social las reivindicaciones de los villeros”. Aludiendo a las críticas que formuló Carlos Mugica a la conducción de dicho ministerio al retirarse del cargo que ocupaba, Silva dijo que “el padre Mugica fue muerto por orden de López Rega”. Ya en el nuevo siglo, dos fallos de la Justicia le dieron la razón a Silva respecto a que el asesinato de Mugica fue obra de la Triple A que creó y comandó López Rega. El 12 de julio de 2012 el juez Norberto Oyarbide dictaminó que “Rodolfo Eduardo Almirón fue el autor inmediato del homicidio de Carlos Francisco Sergio Mugica, en el accionar delictivo de la Tripla A”. Cuatro años después, la jueza María Servini de Cubría condenó por asociación ilícita a cinco integrantes de la Triple A, en un juicio que dio por acreditado que esa organización criminal cometió el asesinato del cura villero.

III

EL 1 DE JULIO de 1974 el país cambió. Con ejemplar precisión lo definió la tapa del diario Noticias del día siguiente, en la pluma de Rodolfo Walsh.

“DOLOR. El general Perón, figura central de la política argentina en los últimos 30 años, murió ayer a las 13.15. En la conciencia de millones de hombres y mujeres la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un Líder excepcional”.

Pero para quienes militaban en las organizaciones del peronismo y de la izquierda la palabra no fue cambio, sino profundización. La Triple A (por Alianza Anticomunista Argentina, si vale la aclaración) profundizó su accionar represivo y los grupos guerrilleros sufrieron bajas entre sus filas como nunca antes, hasta quedar diezmados en pocos meses. Luis Silva era un oficial montonero y desde su promoción al nivel dirigenal del MVP, entre finales de 1973 y principios de 1974, pasaba gran parte del tiempo en Buenos Aires. Igualmente, no descuidaba su territorio y como ejemplo puede mencionarse su discurso del 27 de enero de 1974 en la plaza de Reconquista, cuando participó del acto de cierre del Operativo Brigadier López junto a Jorge Obeid, por entonces jefe de la Regional II de la JP. Son, quizás, las únicas palabras en público que se conservan de Silva, reproducidas unos días después por el periódico Noreste de esa ciudad.

“El pueblo entero ha comenzado la reconstrucción, no desde ahora sino desde el 45, y ahora estamos haciendo la reconstrucción con un elemento más que es la liberación, porque entendemos perfectamente que no hay reconstrucción nacional sin liberación... Nosotros sabemos perfectamente lo que significa el peso de las botas de la oligarquía pisoteándonos, sabemos que esto que se está realizando o lo que se acaba de realizar es un paso más hacia la liberación nacional”.

Silva aludía al operativo que más de cien militantes de la JP y otros de agrupaciones afines llevaron a cabo durante 20 días para construir desagües, limpieza de calles y plazas, reparación de puentes y casas, y refacción de centros sanitarios, entre otras actividades, en localidades del norte de Santa Fe, especialmente de la cuña boscosa.

Nilda, que paulatinamente dejaba su hasta ese momento intensa labor en la vecinal 12 de Octubre, donde activaba en pos de loteo, agua potable y alumbrado público, era una militante de la orga, encuadrada pero con menor nivel de responsabilidad que su esposo. En agosto de ese año Luis, Nilda y sus hijos Marcelo y Valeria se mudaron a Buenos Aires y luego de un breve paso por la casa de un matrimonio de compañeros fueron a residir a una vivienda de una villa de Laferrere, en el partido de La Matanza. El 10 de febrero de 1975 Luis Silva fue secuestrado por una patota parapolicial y mantenido cautivo en carácter de desaparecido. Nilda y su suegra Evarista Mendoza de Silva presentaron recursos de hábeas corpus y realizaron toda clase de gestiones para intentar ubicarlo, incluida una carta de tono desesperado que Evarista le envió con fecha 15 de marzo a la presidenta Martínez. Si bien no obtuvo respuesta, al menos mereció una consulta

de la Secretaría Privada de la Presidencia a la Policía Federal. Las averiguaciones internas de la policía no arrojaron resultados, según consta en el prontuario de Silva. Para valorar el peso del cautivo en la organización Montoneros basta consultar el Parte de Guerra que la orga difundió el 26 de febrero de ese año, mediante el cual informó del secuestro del cónsul de Estados Unidos en Córdoba, John Patrick Egan, a quien condenó a muerte por fusilamiento acusado de ser representante directo de los intereses de su país en esa provincia. No obstante, el parte indicaba que el diplomático yanqui sería liberado si “el gobierno antiperonista de Isabel Martínez y López Rega, y las Fuerzas Armadas gorilas”, hacían aparecer sanos y salvos a cinco miembros de la organización que estaban desaparecidos, entre ellos Luis Silva. Cumplido el plazo impuesto del 28 de febrero a las 19 y tras no obtener novedades, Montoneros ejecutó la sentencia contra el cónsul Egan. Se presume que Chango Díaz, Pedro Medina y José Loto, los tres secuestrados por el Ejército en Tucumán que también figuraban en el listado, no podían ser canjeados porque ya habían sido asesinados.

Después de estar prisionero durante 52 días y sufrir bárbaras sesiones de tortura en un lugar clandestino que no supo identificar, Silva fue liberado a inicios de abril en un basural de la localidad bonaerense de San Justo. Un par de minutos después pasó por allí un patrullero policial que lo detuvo, en una clara maniobra para blanquear su situación. Fue trasladado al pabellón 2 de la cárcel de Villa Devoto, por infracción a la Ley 20.840. Esa norma, sancionada y promulgada a fines de septiembre de 1974, refería a la seguridad nacional y aplicaba “penalidades para las actividades subversivas en todas sus manifestaciones”. En la cárcel de Devoto estuvo detenido casi dos

meses más, hasta ser liberado el 29 de mayo de 1975. Al salir, Luis le dijo primero a Nilda y luego a sus compañeros que no lo volverían a capturar vivo. La causa: las torturas que le infligieron en la primera parte de su cautiverio. Ya no era posible volver a Laferrere, por lo que la familia Silva-Elías emigró unos kilómetros hacia el norte y se estableció en una casa del partido de Moreno. El poder represivo del Estado estaba en auge en todo el país, con focos en Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Tucumán, con el Operativo Independencia. Valeria Silva recuerda una situación ocurrida en esa época de huidas e incertidumbres, cuando debieron abandonar una casa, siendo ella muy chica, de alrededor de tres años. La imagen es de Nilda, apurada, alterada, vistiéndolos a Marcelo y a ella con más ropa de la necesaria, cuatro o cinco remeras, varias prendas encimadas, y se acuerda que ella le decía que no lo hiciera, que le molestaba, y su madre que ni siquiera le respondía, en su prisa y quizás su ensimismamiento. La secuencia concluye cuando todos están en una plaza, ella se ve gorda de tan arropada. Con los años Valeria comprendió que lo probable era que había que levantar la casa, escapar, y no era lo mejor hacerlo con bolsos o valijas, que para no perder la ropa una forma era llevarla puesta. Muchos años después una compañera le contó de prácticas parecidas y ella fue dejando de lado aquel pensamiento que le indicaba que Nilda lo hacía por nervios, por el momento que estaba pasando, aunque a lo lejos refuerza la sensación que la circunstancia de persecución le hacía mucho daño a ella y a su padre también. En Moreno permanecieron unos cuantos meses y por el empeoramiento de la situación ya no era posible sostener actividades públicas. De hecho, hubiese sido suicida asomar la nariz en reuniones para activar en el movimiento

villero. A la feroz represión de los grupos paraestatales le sucedió después del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 una de similares características, pero ya con la suma del poder concentrada en la Junta Militar encabezada por los comandantes de las Fuerzas Armadas: Jorge Rafael Videla por el Ejército, Emilio Eduardo Massera por la Armada y Orlando Ramón Agosti por la Fuerza Aérea. Unos meses después, la cúpula de Montoneros resolvió enviar a Luis Silva a trabajar en la provincia de Chaco por cuestiones que nada tuvieron que ver con la política ni con actividades relativas a la organización. La fecha, imposible de precisar, es con seguridad posterior al 14 de agosto de 1976, ya que ese día nació Nicolás Ernesto, el tercer hijo de la pareja, que fue anotado en Moreno. En Resistencia se instalaron en la casa de Mirta, hermana de Nilda, que residía allí con su esposo. Eso demuestra que según la jerga montonera Luis estaba desenganchado. Hasta que logró comunicarse y le avisaron de una cita de contacto que él resolvió no cumplir por considerar que no estaban dadas las mínimas condiciones de seguridad. Le volvieron a dar las señas para una nueva cita, pero volvió a incumplirla. A propósito de eso, un compañero de militancia de Luis en la zona oeste de la provincia de Buenos Aires le contó a Valeria en 2010 su último encuentro con su padre. Ese compañero, Raúl, repitió una queja de Luis cuando recibió instrucciones inoportunas para el calor de Resistencia: “Los compañeros creen que todo el país es Buenos Aires, yo vestido así parecía un elefante en un bazar, por eso cuando entré en la cita tuve un presentimiento y me saqué el saco, también el pañuelo, y lo llevaba colgado del brazo. Decile a los cumpas que cambien las contraseñas, así no se puede”.

Su obsesión por la seguridad de las citas, que podría

ser confundida con un cierto estado de paranoia, tuvo sin embargo una base real, pues no pasó mucho tiempo hasta que los hechos demostraron que el peligro era cierto. Ante la imposibilidad de contactar con la organización en Chaco resolvió viajar hacia Buenos Aires, como acompañante de su cuñado, camionero de oficio. Ya en la zona oeste del Conurbano se encontró con compañeros. En esos días logró volver a engancharse, hasta que el 11 de noviembre se conoció su desaparición. No son muchos los datos disponibles, pero hay bastante certeza de que perdió en un encuentro con fuerzas represivas en un cruce de vías del partido de Morón, cuando fue interceptado mientras viajaba en un auto que le prestó un cura. El vehículo apareció poco después, acribillado a balazos, y el religioso, para protegerse, lo denunció ante la policía como si hubiese sido robado. Desde ese día Luis Silva permanece en condición de desaparecido, pues su cuerpo no fue hallado o al menos no fue identificado. Como él mismo anticipó, no fue capturado con vida. No hay constancia de su paso por ningún centro de detención, ni legal ni clandestino.

* * *

NILDA, QUE salía de la convalecencia luego del nacimiento por cesárea de Nicolás, reaccionó de inmediato a la noticia y viajó a Buenos Aires solo con su bebé, que tenía tres meses de vida. Entretanto, Otilia se desplazó hasta Resistencia para buscar a Marcelo y a Valeria, que habían quedado al cuidado de Mirta. En Buenos Aires Nilda se enteró que Luis había sido asesinado y tuvo la certeza que ella también corría serio riesgo porque la estaban bus-

cando. Hay constancia de dos visitas suyas al barrio Santa Rosa de Lima, quizás ocurridas en el mismo día. En primer lugar, fue a su casa paterna pero no halló a Otilia, que había viajado a Resistencia a buscar a sus nietos, por lo que le entregó a Nicolás a su hermana Mercedes, la menor de las mujeres. También se encontró con su suegra Evarista Mendoza, que ya estaba enterada de la desaparición de Luis, pero mantenía la esperanza de que no fuese cierto. En la familia hay quienes sostienen que en su fuero íntimo siempre esperó volver a verlo. Allí los hechos se vuelven borrosos porque no hay registro del recorte del diario que le mostraron a doña Vari, que al parecer publicaba la noticia de la muerte de Luis y que incluía una fotografía del auto atacado por la patota en Morón y un bulto que, se presumía, era el cadáver de su hijo. Evarista Mendoza negó enfáticamente que en esa imagen de escasa nitidez se viera tal cosa. Nilda tuvo la triste tarea de confirmarle a su suegra la muerte de Luis. Sobrevino una discusión: si ese de verdad era el cuerpo de su hijo, ella quería ir a Buenos Aires a reclamar su entrega. Nilda le pidió que no lo hiciera, o le aconsejó o le ordenó. Evarista no lo hizo, quizás porque comprendió que su nuera tenía razón, pues podrían utilizarla para seguir su rastro, o tal vez porque entendió que no había un lugar para buscarlo ni alguien a quien preguntárselo. Allí Nilda se perdió de vista, no se la volvió a ver por Santa Rosa ni en ningún otro lugar de la ciudad. Un compañero le consiguió un refugio seguro en Rosario, pero luego de unas semanas el lugar cayó. Al finalizar la Semana Santa, cuando se iniciaba abril, se vio obligada a abandonarlo. Pasados unos días recaló en Santa Fe. El dato con que se cuenta es que un compañero de Santa Rosa de Lima le iba a conseguir un sitio, pero por esas horas ese compañero fue capturado

junto a un militante recién ingresado a la organización. El más veterano fue trasladado a un centro clandestino, quizás La Casita, quizás la Comisaría Cuarta, y el novel fue devuelto a las calles. Esa pudo ser la clave para llegar a Nilda: que la haya cantado ese muchacho. Otra posibilidad es que haya sido ubicada cuando fue a la escuela del barrio a hablar con las maestras de Marcelo y Valeria, en una acción temeraria. Pero también su pista pudo haber sido seguida desde Rosario, y en tren de valorar todas las opciones, no puede descartarse que haya tenido algo que ver Eduardo Córdoba, que vivía alambrado por medio a los fondos de la casa de Otilia y era chofer del coronel Juan Orlando Rolón, jefe del Área 212 del Ejército. Así llegó el 11 de abril de 1977.

IV

A LOS 55 años Otilia pasó a ser, en forma repentina, la responsable de sus tres nietos. Marcelo, el mayor, de seis años; Nicolás, un bebé de pecho; y en el medio, Valeria, que tenía cuatro. La pobreza entonces se ensanchó y dadas las circunstancias, no había nadie que pudiera echar una mano, con alguna excepción, como Toto Paz, un compañero de Luis y Nilda que en su carro tirado por caballos llegó un día cargado con colchones. Presos o perseguidos, esas eran las condiciones de la mayoría de quienes conocían el drama de los Silva. Tres niños de tan corta edad sumaron además trabajos que Otilia ya había dejado atrás, criados ya sus seis hijos. La escolaridad, la alimentación, la vestimenta, la salud. A esa edad, con el dolor siempre latente por la falta de Nilda y con un miedo que no fue sencillo desterrar, Otilia tuvo que salir a la calle y, por períodos, también del barrio para trabajar en el servicio doméstico. Recibía, en la crianza de sus nietos, alguna ayuda de sus hijos. La lucha diaria era, en los tres últimos años de la década del setenta, cada vez más difícil, y en la casa de Otilia se hacía de todo para salir adelante. Lo que se pudiese elaborar con alguna posibilidad de ser vendido, se hacía. Así, la fritanga de buñuelos era un clásico, y los chicos ofreciéndolos por el barrio, una postal cotidiana. Hasta hubo un tiempo en que se vendió carne. Un frigorífico ubicado en las cercanías de la estación del ferrocarril Mitre ofrecía los lunes

hasta 10 kilos de cortes varios por persona y allí se instalaban en la cola Marcelo y alguno de sus tíos para comprar un par de bolsas. Luego, en lo de Otilia se fraccionaba, separando aquí el puchero, allá la pulpa, y luego los chicos -incluida Valeria- salían por el vecindario a revender, canasto en mano. Esa manera en enfrentar la adversidad es una marca que acompaña a los nietos de Otilia y a Otilia misma. Ella ha dicho que desde su nacimiento en el entonces llamado hospital de Caridad, luego Piloto y más tarde Cullen, ha debido convivir con la pobreza. No conserva muchos recuerdos de su infancia, pero los pocos que vuelven no son gratos. Su mamá, como dice ella, era una mujer que hacía la vida. Por eso se crió con su papá, que estaba con una mujer que insistía con que Otilia vaya a la casa de su abuela. Podría entenderse como una analogía de lo que luego ocurriría con sus propios nietos, los hijos de Nilda. No tuvo tanta suerte con la escuela. La suegra de su padre, que era portera en una, la llevaba pero más para que la ayude a limpiar que para que concurra a clases. Con mucha dificultad puede traer a su mente a la figura de su padre ferroviario, es un vago recuerdo en el que sobrevuela un encuentro con Evita, en una de sus visitas a Santa Fe. Y cuando lo acompañaba a barrer los vagones, donde siempre encontraban algunas chirolas. En la noche de los tiempos hay pocas imágenes de aquellos lejanos años, incluso de una hermana que se crió con su madre, pero sí hay una constante: la pobreza. Y una vez a cargo de sus nietos, las privaciones se presentaban como un problema angustiante, pero no el único y quizás tampoco el más grave. A saber: Marcelo observó todo lo acontecido en el operativo en el cual mataron a su madre y desde entonces cargó con un gran peso, muy complejo de sobrellevar. Valeria, que para su fortuna no conservó

recuerdos de esos instantes cruciales, no fue sin embargo ajena a los hechos que antecedieron al crimen y a los que los sucedieron. “Teníamos una moto interesante”, dice y se ríe Valeria sobre el estado mental de esas infancias. Y de allí las incursiones hasta el hospital psiquiátrico Mira y López, periódicas, que no eran precisamente un paseo agradable. Otilia, Marcelo y Valeria debían caminar más de veinte cuadras hasta avenida Freyre, poco antes de su intersección con bulevar Pellegrini, para tomar un colectivo de la línea 5 que atravesaba toda la ciudad con rumbo norte, hasta el 8400 de avenida Blas Parera. Oscuridad y frío al principio, cansancio y tedio en la espera posterior, para ser atendidos por una psiquiatra. Mientras era el turno de Marcelo, más afectado en razón de la claridad de sus recuerdos, Valeria socializaba con un par de internas a través del alambrado que separaba locos de cuerdos, si fuese posible diferenciar con tan peregrina llaneza. Poco de bueno obtuvo Valeria de su psiquiatra, o al menos no llegó a apreciar con alegría una recomendación: fue apartada de la escuela del barrio, donde era contenida y consentida por maestras que habían sido colegas, amigas o conocidas, de su madre, y enviada a la López y Planes, paradójicamente situada frente a la comisaría Cuarta, en esos años utilizada como centro clandestino de detención y parte integrante del circuito represivo santafesino.

Si bien todavía no se había integrado a Madres de Plaza de Mayo, Otilia ya comenzaba a activar políticamente en el barrio, aunque en un sentido territorial y no partidario. Una de las primeras actividades que congregó a sus vecinos en su casa fue el reparto de las cajas del Plan Alimentario Nacional, un programa de asistencia del gobierno del radical Raúl Alfonsín ante la grave situación social por la que atravesaba el país. Eran popu-

larmente conocidas como cajas PAN y comenzaron a distribuirse en cientos de miles de hogares a mediados de 1983. Eran, como los anteriores y los posteriores, años de miseria. Que golpeaba fuertemente al barrio y también a la familia de Otilia. Las cajas, de entrega mensual, contenían leche en polvo, fideos, arroz, harina de trigo, porotos, carne enlatada, aceite y, sobre todo, harina de maíz. Dos kilos de harina de maíz, es decir, de polenta. Entonces en la mesa de Otilia los menús variaban pero la esencia era la misma: polenta con salsa, polenta con crema, sopa con polenta, guiso de polenta, palitos dulces fritos de polenta. Así se combatía el hambre en la casa de pasaje Liniers. Y Otilia, que tuvo fama de buena cocinera, muchas veces no pudo demostrarlo por carencia de ingredientes. Valeria lo resume en una frase: si era rico, era poco; y si era mucho, no era rico. Es que una cebolla, un pimiento y un par de tomates –combinados con poco más– era un guiso sabroso si la proporción era la adecuada, pero si había que estirarlo con agua el contenido se volvía lavado y descolorido.

* * *

EN 1985 Otilia cumplió 63 años. Habían pasado 8 desde el asesinato de Nilda y todavía faltaba un par para la constitución de la Asociación de Madres de Plaza de Mayo de Santa Fe. En la casa familiar de toda la vida Otilia recibe a un equipo de cineastas y brinda su testimonio. Tiene el cabello totalmente negro, no demasiado largo, luce unos anteojos de marco grande y un vestido con predominio de negro, aunque con listones blancos en las mangas y en la parte superior. Deja al desnudo sus brazos y su cue-

llo, de piel oscura. Sentada a la mesa, Otilia cuenta con voz firme, aguda, lo que recuerda de aquel día, mientras sus manos juegan con un pañuelo de tela, y por momentos lo estrujan.

“El 11 de abril de 1977, que fue día lunes, veníamos de una diligencia con mi hija y los tres chiquitos, bajamos del colectivo bien en la esquina de mi casa, y mi hija ve un auto y me dice: ‘Mami, ¿y ese auto?’, y yo le digo, es un enfermero, estará visitando un enfermo. Y vinimos y entramos a casa, y yo me fui a hacer una pizza y ella quedó cambiando el chiquito”.

En ese punto de la grabación la cámara se detiene en las manos de Otilia. La derecha tiene el puño cerrado, posada sobre el mantel; la izquierda con los dedos estirados, de uñas cortas, encima del pañuelo hecho un bollo. Es el momento de contar la invasión de los represores.

“Cuando golpearon las manos, de una manera fuer-tísima, yo salí, y al salir yo salieron los chicos conmigo. Cuando golpean las manos (uno de los hombres) me dice: ‘¿Dónde está Nilda?’, y la segunda vez, cuando voy y me dicen ‘¿dónde está Nilda?’, ahí se agarra de mi pollera el grandecito (Marcelo) y me dice: ‘Abuelita, la matan a mi mamá. Abuelita, la matan a mi mamá”.

La angustia de años arrecia en los ojos de Otilia, que se mira las manos y solo de tanto en tanto enfrenta a su interlocutor, ubicado detrás de cámara.

“Enseguida me contaron hasta tres y me dijeron: ‘¡Fuera, fuera, fuera!’ con esa manera prepotente que tienen ellos. Cuando salimos me llevaron enfrente, ahí veo un montón de policías de civil, con armas. Y empezaron a tirotear. Y yo todavía les gritaba que faltaba, que me dejaran entrar a sacar el chiquito, porque me faltaba uno, si yo tengo tres nietitos”.

Hay un cambio de escena. El cortometraje, de unos 16 minutos de duración, se inicia en Cayastá, donde, recuerda un cartel a la manera del cine mudo, se encuentran los restos de la primera fundación de la ciudad de Santa Fe. Imágenes de la costa del río, del parque arqueológico y los cuerpos exhumados de personas que habían sido enterradas en iglesias, allá en Santa Fe la Vieja. “La casa de al lado”, de Raúl Beceyro, sigue luego con más tomas costeras, hasta que un plano largo halla, a lo lejos, a la ciudad de Santa Fe en su actual emplazamiento. Se suceden luego paisajes urbanos, de ir y venir de personas, el centro y su febril actividad. Más adelante, la cabecera oeste del puente colgante destruido, una antena sumergida en la laguna Setúbal, al fondo un cartel de Coca Cola. Y luego una esquina de barrio, árboles altos y frondosos en las veredas, un Ford Falcon de color claro que pasa, a muy poca distancia de un hombre mayor que endereza el andar de su bicicleta con gran sentido de la oportunidad. Y antes de Otilia, cuyo nombre nunca es mencionado en la cinta, se presenta como primera historia el secuestro de Luis Alberto Verdú, en los testimonios de su hermana Guadalupe y su madre Aurora. Entre las dos cuentan lo ocurrido el 20 de agosto de 1977, en un almuerzo de toda la familia para festejar los 25 años de Luis, que los cumplió dos días antes. Después de comer el teléfono sonó y el muchacho avisó que saldría pero que no tardaría. La presentación del caso se completa con unas palabras de un vecino, amigo de la familia, que se identifica como Chacarita. Ese hombre vio cómo dos barbudos vestidos de civil se lo llevaron. Luis Verdú permanece desaparecido y Aurora, hasta su muerte el 8 de julio de 2004, fue una de las integrantes de Madres de Plaza de Mayo.

En el cortometraje, entonces, irrumpe Otilia con sus

palabras, aún incrédula, contando lo que nunca debió suceder. Y tras ello, desde el interior de su casa la imagen cruza la calle y se interna en la de enfrente, donde una vecina, anciana, cuenta en tres líneas lo que recuerda de aquel suceso que observó desde una ventana y ahora, con una pared descascarada como fondo, le sigue pareciendo horroroso lo que su mente le trae, sea recuerdo, sea una construcción tergiversada por el paso de los años y sus ecos.

Vuelven las manos de Otilia, la derecha activa, como repasando las líneas de las flores del mantel, la izquierda insistiendo en apretujar el pañuelo. En el relato aparece por primera vez su esposo, Made Elías, en el indeseable papel de heraldo de la desgracia.

“Y después yo me tengo que haber descompuesto. Cuando estuve en la casa de mi nuera, que me despertaron, mi marido me trajo del hospital. Yo le pregunté por mi hija y me dijo: ‘No la vas a ver más a tu hija’, y ahí me entero yo que la habían matado”.

De las manos de Otilia hay un salto hacia el fondo de una casa. Hay allí un techo de chapas, unas planteras colgadas de la pared de una galería y un grupo de hombres. Uno de ellos, con el torso desnudo y un pantalón corto celeste, delgado y de bigotes, se prueba el traje de testigo de los momentos posteriores al asesinato de Nilda y en tono ceremonioso, de reportado televisivo, narra que al bajar de un ómnibus es acompañado por un policía hasta su casa, situada enfrente a la de la familia Elías. Dice que vio el cadáver de Nilda tirado en el patio. Su testimonio sirve para saber que luego fue retirado en una camilla rumbo a una ambulancia.

Otilia aparece una última vez ante la cámara, en esa ocasión con un énfasis notable, gesticulando, moviendo

la cabeza en señal de negación, enojada, al borde del llanto aquel.

“Porque no la vinieron a buscar, ellos vinieron directamente a matarla. A matarla vinieron, no a buscarla”.

* * *

RAÚL BECEYRO tenía 41 años cuando retornó a la Argentina, en 1985, luego de un exilio de una década en Francia. Ese mismo año presentó “La casa de al lado” en el concurso nacional de cortometrajes que organizó el Instituto Nacional de Cinematografía. Fue elegida entre las 20 películas regionales premiadas. Desde el Taller de Cine de la Universidad Nacional del Litoral forjó una obra que tuvo como principal referencia a la película Nadie Nada Nunca, de 1988, basada en la novela de su amigo Juan José Saer. También desde ese espacio se produjeron más de 90 películas en sus primeros 30 años de existencia, cortos y largometrajes, dirigidas por novatos y experimentados.

Beceyro, que publicó varios libros sobre fotografía y cine, fue guionista, asistente, productor, sonidista y director de diversas producciones. En una entrevista concedida a Radar, en 2015, dijo: “Hago cine en el interior por una fatalidad geográfica, porque Santa Fe es el único lugar que conozco, el único lugar donde sé cómo poner la cámara y hacia dónde apuntar, y es también el único lugar en el que puedo hacer el cine que hago”.

“La casa de al lado” fue una realización que pasó desapercibida y solo vuelve integrando la grilla en algún ciclo universitario en homenaje a su director, pero que cobró un alto valor documental con el paso de los años, pese a que fue pensada como una película de ficción y

de hecho hay una intención deliberada de no explicar la vida de las personas cuya desdicha narra.

Es quizás el único registro disponible de Aurora Verdú, una de las Madres de Plaza de Mayo que participó desde los comienzos de la asociación, y que murió sin conocer el paradero de su hijo Luis Alberto, un técnico químico militante de la Fracción Combate de la Liga Comunista que, además, dejó la marca indeleble de su pasión política en la memoria de unos cuantos estudiantes que lo tuvieron como celador en la Escuela Industrial.

Y en el mismo sentido poseen una significación especial las escenas donde Otilia Acuña, sin un pañuelo blanco sobre la cabeza, todavía, cuenta el momento trágico del asesinato de su hija. Lo hizo desde la humildad de una casa y de un barrio de la periferia, con el recuerdo aún fresco, y con la voluntad como única herramienta. El cortometraje ofrece la posibilidad de observar la imagen y su gestualidad, de oír la voz de Otilia y su dramático alegato.

V

MAYO IRRUMPE con sus lluvias y ahora sí el otoño se parece a sí mismo. Otilia, desde antes de las 9, aguarda a las puertas del Tribunal Oral Federal el inicio de la audiencia. Esta vez son dos carceleros acusados de torturar y matar. Ahora son viejos y la Justicia les facilita comparecer desde sus hogares o cerca de ellos, por videoconferencia. Otilia es vieja también, pero hace frente al frío y se planta al costado del cilindro acerado del ingreso. Hay, es evidente, distintas formas de oponerse a los achaques. Las víctimas desafían el frío del aire y del dolor que nunca deja de volver. Otilia tiene el cabello más corto, o eso parece, debajo de su pañuelo blanco. Luego, un suéter rosa fuerte con líneas blancas, finas, una campera de lana borravino y una pollera gris, larga. Lleva, como siempre, la fotografía de Nilda, que sigue con su mirada entre desafiante y satisfecha, y su camisa a cuadros. En la espera, vienen a saludarla los que tienen la edad que tendría su hija y también los nietos. Todos se llevan algo de lo que Otilia ofrece. Una palabra, una sonrisa, un silencio.

¿Cómo le va, Otilia?, escuchará varias veces, muchas de ellas quizás sin saber quién es quien pregunta.

Bien, ¿y vos cómo estás?, estamos bien, contestará ella, entre otras fórmulas por el estilo.

Llegado el momento del comienzo, Otilia es la primera en ingresar a la sala. Deja su silla afuera y camina hasta la butaca, generalmente la segunda de la primera

fila del sector reservado al público. Anatilde Bugna, que conoció las cárceles de la dictadura, reparte fotografías de compañeros desaparecidos. Sonríe con tristeza. Cada uno tiene su muertito, dice, y señala la foto que lleva, la de Carlos Raúl Racagni. Yo bailé con Carlitos en mi cumpleaños de 15, agrega, con candor.

Otilia explora dentro de su cartera hasta hallar una bolsa con caramelos. Le saca el envoltorio a uno y se lo mete en la boca. La presidenta del tribunal da comienzo a la audiencia pero antes del alegato de los querellantes, Guillermo y Lucila, anuncia que ingresarán un momento los fotógrafos de los medios de prensa.

Ponete linda Otilia que vienen las fotos, bromea Anatilde. Vos también, se ríe Otilia.

Ya pasó a su lado Hugo Kofman y ya le dijo: ¿Cómo anda viejita usted? Otilia ya le sonrió al hijo de Queca, su compañera de tantos días, ahora reclusa en su casa por mala salud.

El relato de todo lo que se dijo en el juicio es extenso. Guillermo y Lucila se alternan en su lectura. Un tal Kushidonchi, ex comandante de Gendarmería, desde su casa de Moreno, en Buenos Aires, escucha sin que se le mueva un pelo las atrocidades de las que se lo acusa, cosas de cuarenta años atrás, cuando era la autoridad en la cárcel de Coronda. Y un tal Domínguez, que sigue la audiencia desde Salta, no le va en zaga ni en la cara de póker de hoy ni en la crueldad que le adjudican a su ayer. Otilia escucha y en un momento siente el dolor en la herida. Palabras como tortura, humillación, sufrimiento y muerte llenan páginas y páginas del alegato y Otilia lo padece. Ella es madre y se lamenta por lo bajo. A sus costados la consuelan Anatilde y Julia Gaitán, le acarician los brazos, la abrazan. Guillermo la busca con la mirada, aprieta sus

labios cerrados y asiente, intentando enviarle fuerzas. Los jueces escuchan, serios; el fiscal y sus colaboradores siguen el relato, concentrados; los abogados defensores, jóvenes, no saben a quiénes están defendiendo, ¿o sí? Entre el público hay hombres que estuvieron en Coronda y les complace el reencuentro con sus viejos compañeros pero les vuelve a doler la tortura. Otilia Acuña es, sin embargo, la figura que parece hacer posible que esa y cualquier otra audiencia pueda ser. Esa audiencia que se da casi 35 años después del inicio de una nueva etapa democrática. Es decir, toda una vida.

Pasadas dos horas, la jueza marca una pausa. Analtilde le dice a Otilia que ya es suficiente por hoy, y ella se resiste. La mujer insiste, argumenta que todavía falta mucho para el final. Otilia se rinde, acepta que es hora de irse. Sale al pasillo del tribunal y se sienta. Habla con uno y con otro, está entera. Pero los horrores que acaba de escuchar no son gratuitos para ella. Y cuando Valeria se le acerca ocurre lo que siempre ocurre: abuela y nieta se unen en un encuentro íntimo. Se toman de las manos, se juntan sus frentes, lloran. Todos los presentes las observan en silencio, serios los rostros. Es necesario expulsar de alguna manera eso que encierra y se condensa en un expediente judicial.

Y los asesinos de tu mamá, ¿cuándo?, le dice Otilia a Valeria.

* * *

EL TRIBUNAL Oral Federal en lo Criminal de Santa Fe dio por acreditada la existencia de un circuito represivo local, eufemismo utilizado para establecer que hubo un

correlato en la ciudad del plan sistemático que a nivel país llevó a cabo una estructura militar y policial desde 1975, y que en el plano regional implementaron personajes como Juan Orlando Rolón, Héctor Romeo Colombini y Juan Calixto Perizzotti. Con ellos tropezó la familia de Otilia Acuña en momentos en que la única ley vigente era la voluntad de los represores, y las víctimas no tenían recursos de ningún tipo para defenderse y tampoco a quién recurrir.

El circuito represivo santafesino quedó expuesto en la sentencia de la causa 03/08, de fecha 23 de diciembre de 2009, a través de la cual el tribunal presidido por Roberto López Arango condenó por delitos de lesa humanidad a los represores Víctor Hermes Brusa, Colombini, Eduardo Alberto Ramos, Perizzotti, María Eva Aebi y Mario José Facino en el primer juicio de ese tipo en la ciudad.

Un breve resumen indica que el país fue dividido en cinco zonas de defensa para actuar en la llamada lucha contra la subversión. La provincia de Santa Fe quedó integrada en el Comando de Zona 2, a cargo del II Cuerpo de Ejército, con asiento en la ciudad de Rosario, junto a Entre Ríos, Corrientes, Chaco, Formosa y Misiones. Cada zona de defensa se dividía a su vez en subzonas y áreas. Santa Fe quedó bajo la órbita de la Subzona 21 y el Área 212, cuyo jefe fue desde finales de 1976 el coronel Rolón, que lo seguía siendo al momento del asesinato de Nilda Elías.

Cada jurisdicción tenía además un Destacamento de Inteligencia. En el caso de Santa Fe fue el 122, conducido entre diciembre de 1975 y diciembre de 1977 por el coronel Domingo Manuel Marcellini, otro asiduo ocupante del banquillo de los acusados por delitos de lesa humanidad.

Las fuerzas de seguridad, es decir la delegación local

de la Policía Federal, la Policía provincial, el Servicio Penitenciario y todas sus dependencias, estaban bajo control operacional del Ejército Argentino y por ende del Área 212.

Como en todo el país, el circuito represivo de Santa Fe tuvo centros clandestinos de detención, donde los prisioneros eran sometidos a torturas aberrantes, tales como la picana eléctrica, el submarino, golpizas feroces y en muchos casos violaciones, además de sufrir frío, hambre y condiciones vergonzantes de salubridad e higiene. En el caso de la capital de la provincia, funcionaron con ese fin algunos sectores de la Comisaría Cuarta (ubicada en Tucumán y Doctor Zavalla) y el edificio de la Guardia de Infantería Reforzada (GIR), de Nicasio Oroño 793, a cargo durante casi toda la dictadura del entonces subcomisario Perizzotti. Esos dos lugares tenían al mismo tiempo sus actividades habituales, podría decirse legales, en forma paralela. Distinto fue el caso de la Comisaría Primera, en Primera Junta entre Rivadavia y 25 de Mayo, y el de la Brigada de Investigaciones, en Obispo Gelabert y San Martín, que eran utilizadas para fines clandestinos en contadas ocasiones, mayormente como lugar transitorio. También fueron utilizados sitios mencionados como “La Casita” (o casitas), que no pudo ser localizada pero por testimonios coincidentes se situaba (o se situaban) en cercanías a la ciudad de Santo Tomé, presumiblemente en la zona de la ruta nacional 19 y la autopista Brigadier López. También se habla de una en Villa California, en San José del Rincón.

En cuanto al modo de operar, todo se iniciaba con el secuestro de la víctima por una patota que los mismos represores denominaban fuerzas conjuntas, es decir un grupo de policías, militares o integrantes de otras fuerzas de seguridad, todos fuertemente armados, que uti-

lizaban la violencia física y las amenazas para cometer su faena. A la persona capturada se la encapuchaba y maniataba y se la trasladaba a una de las dependencias utilizadas en la primera escala del circuito represivo, en especial la Comisaría Cuarta, pero también la Primera y la Brigada de Investigaciones. La mayoría de los testigos-víctimas coincide en señalar que las sesiones de tortura se llevaban a cabo en las casitas de las afueras, aunque hay varias declaraciones que señalan también a la Comisaría Cuarta como sede de esas operaciones. Uno de los objetivos primordiales de la detención, que en esa primera etapa era de carácter ilegal y clandestino -no era asentada en ningún libro ni acta-, era conseguir que los prisioneros firmasen declaraciones que los incriminaran en distintos tipos de delitos y, también empujarlos a la delación de compañeros. Muchas de esas rúbricas se llevaban a cabo en medio de sesiones de tormentos. Una vez cumplido ese cometido, los presos eran trasladados a la Guardia de Infantería y con posterioridad a las cárceles de Coronda, en el caso de los hombres, y de Villa Devoto, en el de las mujeres.

Nilda Elías no llegó a sufrir la tortura ni la detención, los interrogatorios ni la humillación, porque sus verdugos no tuvieron intención de encarcelarla, sino de matarla.

* * *

EL 24 DE MARZO de 1999, cuando faltaban más de diez años para que se dictara sentencia en el primer juicio de lesa humanidad de Santa Fe, el ex comisario Mario José Facino era presidente comunal de San José del Rincón. No toleró un escrache organizado por la Agrupación

HIJOS, que ante su situación de impunidad lo señaló por los delitos de lesa humanidad por los cuales iba a ser condenado años después. Al saber del escrache, Facino inició una campaña contra HIJOS y por cierto que cosechó apoyos tanto en los medios de comunicación como en sectores políticos. El jefe comunal desplegó su poder en la forma de una contra-manifestación de la que participaron decenas de personas y la utilización de jinetes a caballo. Todo concluyó con varios heridos e importantes destrozos. Cerca de cumplir los 77 años, Otilia Acuña fue vanguardia en el escrache y cuando partidarios del represor repelieron con violencia la marcha de los organismos, se paró frente a ellos y les gritó que Facino había ordenado el asesinato de su hija.

Facino fue condenado a 20 años de cárcel en la Causa Brusa y a otros 23 por el homicidio de la docente y militante de las Ligas Agrarias Alicia López. Pero no figuró nunca como imputado por el crimen de Nilda Elías. No obstante ello, la acusación de Otilia Acuña tiene asidero. En primer lugar, es preciso recordar que siendo subcomisario, Facino fue jefe de la Comisaría Cuarta desde el 8 de mayo de 1975 al 27 de enero de 1977. Quienes fueron sus subalternos en esa sede policial, poco más de dos meses después, el 11 de abril de 1977, festejaron “como si hubiese sido un gol” el hecho de haber asesinado a una militante del barrio Santa Rosa de Lima llamada Nilda. Así se desprende de la declaración de Carlos Aníbal Pacheco como testigo de la Causa Brusa, el 14 de octubre de 2009, que refirió a lo que escuchó mientras se encontraba detenido en la Cuarta. Pero mucho más importante para el caso es que Facino abandonó esa comisaría para ascender a jefe del Comando Radioeléctrico, que era una de las reparticiones policiales que aportaban efectivos a lo que se daba

en llamar las fuerzas conjuntas, el nombre elegante para denominar a las patotas que llevaban a cabo los operativos. Hombres como el oficial auxiliar Rodolfo Antonio Reible, y los cabos Abel Antonio Romero y Carlos Héctor Albornoz se repiten en más de una investigación del Tribunal Oral Federal, que aceptó un pedido del fiscal Martín Suárez Faisal de acumulación de dos expedientes en los cuales figuran los tres. En la primera causa (Balla, Jorge y otros, homicidio agravado) se les imputa haber participado de la llamada Masacre de Ituzaingó y Las Heras, el 19 de enero de 1977, cuando fueron asesinados tres militantes de alto rango de Montoneros, entre ellos el líder de la última cúpula local, Osvaldo Pascual Ziccardi. Los otros dos dirigentes que murieron por las balas de las fuerzas conjuntas fueron Carlos Mario Frigerio y Jorge Luis Piotti, junto a la mujer de éste, Ileana Ester Gómez, y una maestra que nada tenía que ver con el grupo, Elina Jagou de Carlen, vecina del edificio. Esas actuaciones se acumularon con la caratulada en primer momento “Elías, Nilda s/investigación de su muerte”, en la cual se investigaban varios hechos de homicidio y se les endilga responsabilidad a Reible, Romero y Albornoz en el operativo que concluyó con los asesinatos de Luis Alberto Fadil, Alicia Beatriz Romero y Mario Oreste Galuppo, llevado a cabo el 6 de octubre de 1976. En el inicio de ese segundo expediente, el fiscal federal Walter Rodríguez pidió indagar al teniente coronel retirado Jorge Roberto Diab ante la sospecha que asesinó a varias personas, entre ellas a Nilda Elías, y participó del robo agravado de pertenencias de las víctimas.

Diab prestó servicios en el Destacamento de Inteligencia 122 desde el 23 de diciembre de 1975 hasta marzo de 1979 y murió el 27 de mayo de 2015 en un departamento del segundo piso de los monoblocks situados frente al

Parque del Sur. Allí cumplía una condena de 16 años de prisión por privación ilegítima de la libertad y tormentos agravados contra el ex intendente de Santa Fe, Adán Noé Campagnolo, y el ex presidente de la Cámara de Diputados de la provincia, Rubén Dunda, secuestrados el 24 de marzo de 1976.

Otilia Acuña, en su declaración ante la Justicia y cada vez que fue consultada al respecto por los medios de prensa, siempre aludió a Rolón y a Colombini como dos de los participantes del operativo contra su casa. En cuanto a Rolón, uno de los hombres que dispusieron de mayor poder en la provincia durante la dictadura, murió el 12 de noviembre de 2009 sin haber recibido condena alguna. De hecho, se puede rastrear con facilidad una entrevista televisiva que se le realizó en 1990 para conocer su opinión acerca del conflicto entre Argentina y Chile en la zona de Laguna del Desierto. Era considerado un respetable ciudadano cuyo análisis fue requerido cuando la democracia caminaba su octavo año.

Su casa de Grand Bourg al 4100, del acomodado barrio Siete Jefes, fue el escenario de sus últimos días. Murió a los 84 años en prisión domiciliaria, pero sin conocer lo que es vivir en una celda. Recién en 2006 fue indagado por los delitos de lesa humanidad que se le atribuían y estuvo procesado en la Causa 03/08 o Causa Brusa. No corrió la misma suerte que el resto de los represores porque fue desahogado por razones de salud. Las pericias médicas indicaron un deterioro psíquico que se manifestaba en una “desorientación temporoespacial que por momentos es completa”.

Fue jefe de Inteligencia del II Cuerpo de Ejército hasta noviembre de 1976 y luego estuvo a cargo del Área 212, desde donde lideró hasta 1978 el Comando de Operaciones

Tácticas (COT), que coordinaba los operativos de las fuerzas conjuntas. Pasó a retiro en 1979 al frente del Comando de Artillería 121, siendo jefe de la Guarnición Militar Santa Fe. Su última actividad pública fue durante la gestión al frente del gobierno de Santa Fe del contralmirante Rodolfo Luchetta, quien lo designó ministro de Bienestar Social.

Otilia Acuña declaró ante la Justicia que Rolón encabezó el operativo en el cual mataron a Nilda Elías. De hecho, es verosímil porque participaba de toda clase de operativos. Por ejemplo, José Luis Saavedra, ex empleado del hospital Piloto (desde 1979 José María Cullen), declaró ante el juez federal Reinaldo Rodríguez que Rolón en persona controlaba lo que ocurría en la morgue de ese efector cuando llegaban cadáveres relacionados con la represión.

El abogado Jorge Pedraza, a su vez víctima del terrorismo estatal, sostuvo en una entrevista que “todos los operativos ‘antisubversivos’ partían de la orden de la jefatura del Área 212 y el Destacamento de Inteligencia 122, que era donde se reunía toda la información, y se ejecutaban a través de Rolón”.

* * *

EL 20 DE AGOSTO de 2012, en la sala de cuidados intensivos del Sanatorio San Jerónimo, de calle Santiago del Estero al 2700 de Santa Fe, murió un hombre llamado Héctor Romeo Colombini, conocido por el alias El Pollo. Tenía 62 años. Otilia Acuña lo recuerda como uno de los asesinatos de su hija Nilda. Fue numerario de la Policía de Santa Fe, integrante con el grado de oficial auxiliar del D-2, una suerte de servicio de inteligencia en cuya representación

actuaba como nexo con el Destacamento de Inteligencia 122. La vuelta de la democracia no fue, en principio, una mala noticia para El Pollo, ya que siguió en la policía santafesina y llegó a tener una alta jerarquía en la entonces denominada Dirección de Drogas Peligrosas. De todas formas, fue uno de los condenados en el primer juicio por delitos de lesa humanidad de Santa Fe, al recibir 23 años de prisión por varios cargos. Como esa sentencia fue en 2009, Colombini ostentó el estatus de condenado durante menos de tres años, aunque siempre en su cómoda casa de Ayacucho 2175 debido a sus problemas de salud. En el juicio que lo colocó como compañero de infortunios de personajes como el ex juez Brusa y el ex comisario Perizzotti, fue el único acusado que a lo largo de todo el debate no ejerció el derecho de hacer uso de la palabra.

VI

“SI VAMOS a estar con miedo no vamos a hacer nada, nos dijimos, y así empezamos a agarrar coraje”, dice Otilia en recuerdo de las primeras marchas de los organismos defensores de los derechos humanos en Santa Fe.

En 1977, uno de los años más feroces de la dictadura, comenzó la actividad de una filial de Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas y Gremiales (Familiares), la primera organización que reclamó por la aparición de las víctimas de la represión en la ciudad de Santa Fe. Antes de eso, en 1975, los mismos militantes habían comenzado la labor de defender a los presos políticos, bajo el nombre de Comisión de Familiares de Santa Fe. En 1981 se sumó a la tarea la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) y en 1983 fue creado el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH). También tuvo alguna actividad la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH), integrada por la conducción del Partido Comunista Argentino. Por su parte, Madres de Plaza de Mayo se constituyó formalmente hacia 1987. Como señala el profesor Luciano Alonso, “eso no supone de ninguna manera que no existieran grupos e individuos que realizaban acciones en defensa de los derechos humanos con anterioridad”.

Sobre esa época, Otilia recuerda que viajaban a Buenos Aires con la Negra Alejandra Ravelo, integrando la asociación que lideraba Hebe de Bonafini.

“Nos mandaban el pasaje para ir y volver. Estaba la Hebe allá. Yo a veces me peleaba porque ella era porfiada”, rememora Otilia.

Los primeros pasos de los integrantes de Familiares fueron acercar asistencia legal a los presos y la presentación de hábeas corpus. También hubo un esfuerzo por ubicar y contactar a familias de víctimas. Así, Hugo Kofman, hijo de Queca y hermano de Jorge, averiguó la dirección de Otilia y la visitó en su casa de Santa Rosa de Lima para invitarla a participar.

La primera actividad de carácter público que llevó adelante Familiares fue el miércoles 10 de diciembre de 1981, cuando un grupo de militantes le entregó una nota al militar que entonces ocupaba de facto la gobernación, contralmirante Rodolfo Luchetta, y presentó una serie de hábeas corpus en el Juzgado Federal. Entre otros, participaron de la actividad las Madres de Plaza de Mayo Aurora Verdú (por su hijo Luis Verdú), Tuchi Rosetti (madre de benjamín Rosetti, militante de la JP Montoneros), Olga Suárez (su hijo fue Roberto Suárez, de la JUP), Irma Chocha Bruzzone (por Gustavo Bruzzone, de la JUP y Montoneros) y Alejandra Ravelo (madre de María Esther, Pinina). También estuvo Elsa Ramos, fundadora de Familiares y madre de Patricia, desaparecida en Buenos Aires.

Con el retorno a la democracia, los organismos cobraron cierta notoriedad y recibieron amplios apoyos de distintos sectores en momentos puntuales: al proclamarse contra la autoamnistía que proyectaban aplicar los militares, y al manifestarse contra los intentos de sancionar leyes exculpatorias durante los primeros tiempos del gobierno de Raúl Alfonsín. Se realizaban actos el 10 de diciembre, día de los Derechos Humanos, y también el 24 de marzo, en conmemoración del golpe de Estado

de 1976. Las rondas en la plaza 25 de Mayo, al estilo de las que en Buenos Aires realizaban las Madres de Plaza de Mayo, estaban a cargo en Santa Fe de integrantes de Familiares. Las mayores movilizaciones en esos años se llevaron a cabo el 5 de diciembre de 1983, el 21 de marzo de 1985 y el 22 de abril de 1985. Según el diario El Litoral de los días siguientes a cada concentración, en las dos primeras hubo alrededor de 1000 personas y en la última 3000. Hacia 1982 y 1983 algunos familiares abandonaron los organismos al comprender que las personas que buscaban estaban muertas. Así perdió algo de gravitación Familiares, aunque el acompañamiento de las Juventudes Políticas y una mayor incidencia de la APDH contribuyeron a suplir esa merma.

En 1984, la delegación Santa Fe Norte de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) se integró con miembros de la APDH y del MEDH, y desarrolló su trabajo con la ayuda de militantes de todas las organizaciones.

La conformación de la Asociación Madres de Plaza de Mayo en Santa Fe se cristalizó el 8 de marzo de 1987, enroldada en la línea de Hebe de Bonafini. La actitud aguerrida de esa emblemática dirigente se plasmó en el plano local bajo la consigna “levantar las banderas revolucionarias de nuestros hijos”. En los primeros pasos de las Madres, las posturas políticas no siempre fueron unánimes. En aquel momento Otilia no veía ningún impedimento en reivindicar la pertenencia peronista y montonera de su hija Nilda, ante una actitud más moderada del conjunto. Con los años, la Madre de Santa Rosa de Lima asumió una postura más parecida a las de otras referentes, como Queca Kofman, basada en la idea que las Madres no tienen partido político. Otilia sigue hablando del peronismo

y de la filiación montonera de Nilda, pero ya no lo hace el centro de ninguna cuestión.

En 1986 se realizó la primera Marcha de la Resistencia, que bajo la organización de Familiares se extendió por 24 horas, en consonancia con lo resuelto por las agrupaciones de toda la Argentina. Testimonios orales dan cuenta de la presencia de una discreta cantidad de personas apoyando la iniciativa, y hay fotografías que muestran a Elsa Ramos en la primera fila de la manifestación portando un pañuelo blanco sobre la cabeza y una pancarta con la fotografía de su hija Patricia Villar. Las marchas siguieron realizándose cada 10 de diciembre durante varios años, con jornadas de 6 horas y un mayor acompañamiento de personas.

En esa época se conformó también el Grupo de Apoyo a Madres. Familiares seguía funcionando y en ese momento resultaba difícil distinguir las actividades que realizaban una y otra agrupación. Ya en 1995 surgió con fuerza Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (HIJOS), que aportó sangre nueva a la lucha por los derechos humanos, con consignas potentes como aquella de “si no hay Justicia, hay escache”. Allí inició su militancia Valeria Silva. En esos años también se conformó el Foro contra la Impunidad y por la Justicia, que aportó nuevas formas de acción. Allí, además de Familiares, Madres, HIJOS y el MEDH, confluyeron otras agrupaciones políticas, sindicales y sociales.

* * *

ELSA RAMOS, que militó siempre en Familiares, y su hijo Marcelo Villar, buscaron por décadas a Patricia, deteni-

da-desaparecida que fue vista con vida en el centro clandestino de detención Club Atlético, en la zona del Bajo de la ciudad de Buenos Aires. Fueron pioneros de las rondas de plaza 25 de Mayo, que se realizaban los jueves a las 13 con la intención que sean vistas por los trabajadores y los funcionarios de la Casa de Gobierno, de los Tribunales y de otras oficinas públicas. Ya con la presencia de Madres como Queca Kofman, tiempo después se atrasó el horario hasta las 15, para que la ronda santafesina coincidiese con las que se llevaban a cabo en otros puntos del país. Fue necesario entonces abandonar la plaza principal, que a esa hora suele estar casi desierta, para marchar en la Plaza del Soldado Argentino. Ese paseo, situado en calle San Jerónimo entre Mendoza y Salta, se transformó con los años en un lugar simbólico para las actividades de los organismos defensores de los derechos humanos. Tiene por característica el incesante ir y venir de transeúntes, trabajadores y estudiantes, usuarios de las numerosas líneas de colectivos que allí tienen una parada y clientes de los locales de una de las zonas comerciales más concurridas de la ciudad. No obstante, el paso del tiempo fue haciendo mella en el cuerpo de muchas de las Madres, por enfermedad o simplemente por vejez. No sin pena, a mediados de los 90 aceptaron la sugerencia de los jóvenes del Grupo de Apoyo: hacer las rondas era un sacrificio demasiado grande, y en cambio había otros espacios donde las Madres podrían continuar su tarea.

Frente a la Plaza del Soldado, sobre calle Salta, las Madres alquilaron un local para instalar allí su primera sede propia, que compartieron con Familiares y los chicos del Grupo de Apoyo. Anteriormente, las reuniones y actividades tenían lugar en la sede de la Asociación Trabajadores del Estado (ATE) y más tarde recalaron tam-

bién en instalaciones cedidas por la Escuela de Psicología Social. Sobrevinieron mudanzas y una serie de espacios compartidos con las organizaciones que integraban el Foro contra la Impunidad y por la Justicia, que a su vez llevó sus actividades por varios sitios: la sede de la Asociación del Magisterio de Santa Fe (Amsafé), la Casa de las Madres, la Asociación de Docentes Universitarios del Litoral (Adul), la Casa de los Derechos Humanos y nuevamente ATE. Desde 2014 funciona en el Solar de las Artes, espacio cultural y político del Sindicato Argentino de Docentes Particulares (Sadop), la Red por la Identidad, de Abuelas de Plaza de Mayo. Anteriormente lo había hecho en el Centro Cultural CAMCO.

En cuanto a HIJOS, la Regional Santa Fe surgió en simultáneo con las de otros lugares, luego de un campamento realizado en la provincia de Córdoba, en 1995, y se presentó en sociedad en marzo del año siguiente. Sus integrantes, puede decirse, se erigieron en un lógico relevo generacional que en cierta forma propiciaron quienes venían trabajando en los organismos fundantes, Familiares y Madres. Pero además de la sangre joven y la historia individual que cada uno de ellos ofrecía al llegar, los hijos conformaron un bloque colectivo que por un lado les otorgó una indiscutible legitimidad en el concierto de los organismos de derechos humanos y por otro los conminó a cumplir el papel de herederos de una historia que habían iniciado sus antecesores. Ser continuadores de lo hecho por sus padres cuando tenían su edad, pero en la década del 70, representó un orgullo para muchos de ellos, pero también hubo casos de jóvenes que llegaron a las reuniones iniciales portando historias dolorosas de incompreensión y hasta de rechazo por parte de algunos sectores de la sociedad. Fue arduo el trabajo de indagar en

la historia y conocer así mejor sus orígenes y luego acordar los caminos que tomarían para integrarse al resto de los organismos con las banderas de Memoria, Verdad y Justicia, pero el paso de los años mostró que obtuvo buenos resultados. En los comienzos, en el medio de la década menemista, ante la inacción de la justicia para con los represores ellos propusieron la práctica del escrache, que le agregó a las habituales marchas y concentraciones un costado artístico con la actuación de músicos, murgueros y teatreros, que acompañó a una suerte de señalamiento claro y sin medias tintas de la impunidad de personajes que desde el poder del Estado cometieron delitos de lesa humanidad. En el caso de Santa Fe, HIJOS adhirió con fuerza a los escraches pero como método lo consideró un camino para llegar a ciertos objetivos y no como un fin en sí mismo. Podría arriesgarse que el eslogan “si no hay justicia, hay escrache”, además de su significado obvio, también representó la idea que si los represores no eran llevados a los tribunales sobrevenía el señalamiento, pero lo fundamental seguía siendo conseguir Justicia.

* * *

LAS MADRES de Plaza de Mayo, al igual que las Abuelas, se transformaron con el paso del tiempo en símbolos universales de la lucha por los derechos humanos y de la paz. En todo el mundo su prestigio se tornó indiscutible y en la Argentina, un país atravesado desde su conformación por una profunda grieta que, entre otras aristas, tiene mucho de ideológica, también son reconocidas por una mayoría, salvo grupos marginales que suelen hacer su agosto explotando las frustraciones sociales para introducir un

discurso anti-política. Esa autoridad las avaló para acompañar toda clase de campañas por derechos civiles y sociales, y a proteger a sectores vulnerables, como los jóvenes y los humildes. Por ejemplo, cuando en 2000 fueron apresadas por la policía varias personas, entre ellas Marcelo Villar, a media tarde las Madres se plantaron frente a Jefatura exigiendo la libertad de todos y no se movieron hasta bien entrada la madrugada, cuando liberaron al último de los detenidos. Encabezadas por Queca Kofman y la Negrita Ravelo, además de Elsa Ramos -madre de Marcelo-, intercedieron por quienes fueron encarcelados tras haberse solidarizado con trabajadores que protestaban con un corte en el puente Oroño.

O cuando el 20 de diciembre de 2001 Hebe de Bonafini (que tenía 73 años) y otras Madres fueron a poner el cuerpo para intentar proteger a los manifestantes que eran reprimidos por la Policía Federal en Plaza de Mayo. Varias fueron lastimadas a fustazos y atropelladas por los caballos de la Montada. En esa zona hubo cinco asesinatos y más de 200 personas resultaron heridas.

Por eso no fue extraño que las Madres santafesinas se integrasen a manifestaciones de diferentes colectivos, como el de mujeres en reclamo de Ni Una Menos o el de las agrupaciones de inundados. Otilia Acuña en su Santa Rosa y Ramonita Maldonado en su Barranquitas fueron damnificadas por el avance de las aguas del río, pero todas, mientras la salud se los permitió, se sumaron a las actividades convocadas para reclamar por las causas que creyeron justas.

VII

LAS INUNDACIONES que se iniciaron el 29 de abril de 2003 dejaron una marca, en la ciudad y en cada uno de los damnificados. La invasión del agua al sur y su acecho al centro le dio un matiz espectacular, de gran escala, aunque es justo decir que inundaciones del río Salado hubo varias, sufrimiento siempre trajeron al oeste, pero en la ciudad bonita entre bulevares no se las recuerda. Quizás por la gravedad que adquirió, o tal vez por la repercusión en los medios de entretenimiento masivo, existe una memoria reciente que pasados 15 años todavía enseria los rostros de todos, más aún de quienes perdieron personas queridas, objetos de valor monetario o afectivo, o simplemente sufrieron la intrusión del agua y su secuela de mayores necesidades, frío y desprotección. A Otilia Acuña la fue a buscar un amigo, Carlitos Rodríguez. Dejó atrás su casa de siempre, la de las modestas alegrías y la del terrible dolor. Cuando se fue, sin saber que la dejaría a merced de la crecida, el barrio se preparaba para una brava, aunque no había conciencia real de la dimensión que alcanzaría. Un día antes, ella y Alejandro habían subido algunas cosas porque los rumores abundaban, y también alguna vieja imagen de aquellos lodazales, cuando llovía en exceso y Santa Rosa de Lima se llenaba de lagunas, a veces en la misma esquina de Aguado y Liniers (en 2003 ya se llamaba pasaje Luis y Nilda Silva). A las pocas horas de haberse ido la ciudad se transformó en un caos y ella

lo supo desde Ciudadela, en la casa de su hija Mirta. Se veía a la gente deambular, en los televisores no había otra cosa que grandes extensiones de aguas marrones y rostros marrones escapando, en un momento de gobierno ojos celestes que ya estaba visto que no sabía hacer escuelas y en ese abril y ese mayo demostraba que defensas contra el río tampoco. Con más de 80 años sobre la espalda, Otilia podía hacer un recuento mental de lo que se estaba pudriendo en su casa con agua hasta el techo, unos muebles, un televisor, una heladera, esa clase de cosas. Pero también lo valioso, lo que tiene que perdurar, y de repente cae en la cuenta de las fotos de la familia, las fotos de su hermosa y lejana Nilda, y la urna con sus cenizas. Y allí el pedido a Nicolás, su nieto menor, y a Valeria, para que hagan una escapada hasta Santa Rosa, para recuperar lo importante. Fueron. Valeria se quedó en Mendoza y la vía, todo hacia allá, al oeste, era agua al menos hasta la cintura, y Nicolás llegó a la casa, en el interior todo flotando en la corrupción salada, y halló la urna, la preocupación de su abuela y poco más. Dos semanas habían pasado y faltaban varias más.

Unos meses después, por agosto o septiembre, Otilia recibió a una periodista de El Litoral, Araceli Retamoso, que en su crónica relató que en la casa todavía no había una cocina y que solo disponía de unos muebles de segunda mano que había comprado con el dinero del subsidio por inundación. Y escribió también que la casa era helada y húmeda.

“Me desesperé cuando estaba evacuada de solo pensar que acá, en casa, había quedado la urnita con sus cenizas, que yo guardaba en el dormitorio”, contó esa vez Otilia, que además recordó que le habían dicho que Nilda “se quiso quedar para cuidar todo”. También hablaron de

la vuelta, cuando las aguas por fin se retiraron, dejando tras de sí un resabio desolador de humedad y destrucción. ¿Cómo fue ese retorno? “Triste, no sabés la amargura que se siente. Yo siempre le digo a mi gente que no hay que acostumbrarse a pedir, sino a trabajar. Detestaba ver mujeres jóvenes pidiendo, y tuve que pedir ropa, porque no tenía nada”.

La charla con Araceli derivó hacia la posibilidad que se repita una inundación como esa. Otilia respondió con una suerte de orden de prioridades: “Si pasa de nuevo, yo agarro la urnita, cierro con llave y me voy. Las cosas materiales se compran, la vida no. Esperemos que no pase más, pero no nos confiamos de lo que diga nadie a partir de ahora, porque la gente quedó destruida. Y el precio que pagamos por creer en lo que nos decían fue muy caro, demasiado caro”.

Unos años después, en 2005, hablando de la inundación con otra periodista, Loreley Duré, Otilia reveló una charla con algún atorrante que al parecer gozaba de sus cinco minutos de poder: “Cuando me inundé en el 2003 y solo me dieron 200 pesos porque me dijeron que como yo era de Madres seguro alguien más me iba a ayudar. Eso nunca pasó, pero tampoco reclamé nada”.

* * *

“PERO TAMPOCO reclamé nada”, dijo Otilia. Y es verdad, no interpuso ningún reclamo administrativo ante el gobierno de la provincia ni algo parecido. Pero la frase admite otras lecturas.

El decimoquinto aniversario del inicio de la crecida del río Salado se conmemoró el 29 de abril de 2018. Domingo

de calor húmedo y desde la mañana constante amenaza de tormenta. Como es costumbre, la concentración de personas dispuestas a participar del acto fue en la Plaza del Soldado. Desde allí, por calle San Jerónimo, los manifestantes caminaron hacia la Plaza 25 de Mayo, en un rito tomado de las marchas que los organismos defensores de los derechos humanos realizan cada 24 de marzo. No es extraño, pues los movimientos de inundados persiguen también tres conceptos esquivos con nombre de mujer: Memoria, Verdad y Justicia. No es, además, la única enseñanza que ofrecieron las Madres de Plaza de Mayo a quienes luchan contra la impunidad de los responsables y el olvido de unos cuantos. En los actos relativos a las inundaciones también se lee una lista larguísima de personas que murieron durante y posteriormente a abril y mayo de 2003. Secuelados se los llama a éstos últimos. Y ante cada nombre, se escucha a los congregados gritar “presente”. De la misma manera que cuando se lee la lista de desaparecidos que dejó la atroz dictadura. Con el calor pegajoso y la advertencia de aguacero inminente se marchó igual. Los jóvenes y no tanto, a una velocidad poco habitual para ese tipo de lides. En la plaza esperaba otro grupo. Allí estaba Otilia Acuña, sentada en su silla con un vestidito liviano, de mangas cortas, y un gran paraguas a cuadros verdes, azules y blancos agarrado con las dos manos, que tanto le servía como prevención ante la probable lluvia como sombrilla ante el sol que de a ratos lograba asomar. Cerca de ahí, una mujer que en cierta forma se le parece, Graciela García, cuya lucha no lleva pañuelo sino una luminosa antorcha.

Cuando confluyeron los marchantes de las diferentes columnas con quienes esperaban, la concurrencia se había nutrido y fue la hora de los discursos, encendidos,

exigentes. Lo político, lo social, lo barrial, todo en una misma cosa, en los micrófonos en las plazas, en discursos en los que se dice lo que es preciso. Si hay que decir impunidad mirando hacia el edificio que pomposamente se autodenomina Casa de Justicia, se dice impunidad. Ha muerto días antes Marcelo Álvarez, intendente de la inundación, y se lo recuerda ladero de Carlos Reutemann, gobernador en aquella época, de gran estilo para sacar el cuerpo. El eterno senador sin proyectos, por lo demás.

La plaza, recién remodelada, recibe unas gotas de lluvia a media tarde y es lugar, entonces, de mil ideas y un solo reclamo. Allí están los interesados, los que desafían al clima, al descanso dominical, al tiempo. Allí está Otilia, la señora que supo decir que con el asunto de la inundación no reclamó nada. Justo ella, que se pasó los últimos 40 y pico de años poniendo el cuerpo y es capaz de decir que la política no le interesa, y luego y entretanto sumó 15 años reclamando Justicia y reparación para sus vecinos de Santa Rosa de Lima y de los barrios del sur y del oeste que trepan hacia el norte y sobrepasan Recreo. El acto es veloz, hay oradores seguidos con atención, emociones contrapuestas, promesa de cantores populares. Pero como un signo claro, las últimas palabras quedaron a cargo de Otilia, que recordó aquello de cuál es la única lucha que se pierde, y habría que ver si se comprende cabalmente que quien lo expresa es una mujer que a los 96 años no ha abandonado. Las antorchas casi incendian los tribunales, una murga debuta –solo ovarios la integran–, y otro 29 de abril se diluye entre refucilos que alumbran un poco el cielo, una mezcla de bronca y de paz por lo que se tarda pero igual se lucha, y una Madre que ya vuelve a su casa de Santa Rosa de Lima, en su camino inverso, 15 años después.

* * *

LAS INUNDACIONES de 2003 interrumpieron la actividad que Otilia desarrollaba en su casa, donde había destinado una habitación para recibir a personas mayores del barrio para asesorarlos y ayudarlos a completar trámites ante las autoridades, especialmente relacionados con lograr una pensión graciable. Eran épocas anteriores a las leyes de moratoria previsional que el Estado nacional utilizaría años después para dotar de un ingreso a los viejos que no poseían los aportes requeridos para acceder a una jubilación. Otilia fundó, junto a Raúl Sufritti, una entidad para facilitar esa clase de gestiones. “Son como treinta abuelos que vienen al saloncito, pero acá se atiende de todo. Ahora estamos atrás de las pensiones graciables, pedimos para los viejitos del barrio mediante la Asociación Ley 5110 Santa Rosa de Lima que fundamos. Tenemos mutual, obra social. Lo que se pueda conseguir, lo conseguimos. Incluso, hasta de consejera hago, les pido que no se metan en créditos porque después cobran monedas, encima que es poquito”, diría Otilia una vez que se fueron las aguas y retomó esas actividades.

Un tiempo antes de eso, en su casa también funcionó un centro de alfabetización que, entre otros logros, le permitió a ella aprender a leer y escribir cuando andaba por los 80 años. Estaba destinado a adultos, que iban a su casa a aprender y por la tarde podían tomar una taza de leche con biscochos. Pertenecía a la escuela Quiroga y fue posible por una gestión de Amsafé. Había pasado mucho tiempo desde los años 80, cuando en su casa se repartía la Caja PAN y los habitantes de todo el sector sur de Santa Rosa de Lima ya se habían acostumbrado a concurrir a lo de Otilia para recibir atención o gestionar derechos.

Ella entendió que debía ser estricta al momento de conseguir mejoras para el barrio y no envolverlo en cuestiones proselitistas. “Si yo no respeto a mi gente no puedo pedir que me respeten a mí”, decía en esa época, y quizás con una mirada algo romántica de las particularidades de una central obrera, añadía que para sus vecinos ella era “como la CGT”.

VIII

VALERIA SILVA tiene el pelo negro, lo usa largo y sus rasgos son aindiados. Dice que Otilia es india, que solo le falta la pluma, que Nilda lo era y que ella también lo es. Su padre Luis Silva otro tanto: se consideraba indio, aunque su madre Evarista se escandalizara, justo ella, que era la más morena de todo el clan. Valeria es militante de la Agrupación HIJOS desde que tenía veintitantos años, hace ya otros veintitantos, y se admite clasista. Cuando habla de los compañeros de sus padres los llama compañeros, pero como si fuesen los suyos. Parece estar muy unida a la imagen que tiene de Nilda, y a la de Luis también. Cuenta que los peronistas le dicen troska y que los troskos la tildan de peronista. Se ríe con ganas porque no le falta humor, que se puede volver mordaz en un segundo. A Otilia Acuña la une un amor que al verlas juntas es indisimulable, pero vale aclarar que eso no significa que se hayan privado de tener sus buenos cruces en otros tiempos. Tanto que Valeria abandonó la casa de su abuela a los 15 años. Ese hecho revela, no obstante, que vivió allí varios años y desde muy chica, cuando secuestraron a Luis y, con más razón, cuando asesinaron a su madre. Ella, Nilda, le contó lo primero, sin filtro: mataron a papá. Y con sus ojos de cuatro años vio cómo acribillaron a su mamá, prendida a las polleras de Otilia. Aunque a eso no lo recuerda. Es una paradoja porque nadie en su familia ha hecho tantos esfuerzos para mantener viva la memoria de sus ances-

tros, ni se ha contactado con tanta gente para averiguar todo lo posible. Conoce las causas judiciales por la muerte de Nilda, es querellante en ese expediente y en el de la desaparición de Luis. De hecho, tiene un archivo donde se refleja todo lo que ha podido coleccionar de las actividades de sus padres hasta el final de sus días y de lo que ocurrió luego. Planea escribir esa historia y parece muy probable que lo vaya a concretar. Es la segunda hija del matrimonio de la Petisa Nilda Elías, o la Japonesa, y del Patón Silva. Sabe bien por qué lo apodaban así: a los 14 años ya calzaba algo así como 46 y Evarista le compró un par de zapatos que le tuvo que durar casi hasta el casamiento. El Patón Silva era de Colón y a Nilda la contagió pese a su origen tatengue. Valeria tiene recuerdos muy nítidos de su primera infancia, como refucilos en el medio de una noche oscura. Como cuando Nilda la vestía con varias prendas encimadas, cuando debían levantar una casa en los tiempos clandestinos del Gran Buenos Aires. Con Marcelo, su hermano casi dos años mayor, alcanzaron a vivir junto a sus padres en la casita de Juan de Garay y Estrada, bien enfrente a la de Evarista y Domingo, sus abuelos paternos. Recuerda amorosamente a doña Vari, que le enseñó a preparar algunas comidas. Se lleva bien con todos, pero le brillan los ojos cuando habla de Tere, la hermana consentida de Luis, a cuya casa se mudó cuando dejó la de Otilia, allá por Corriti y Peñaloza, en barrio Los Ángeles. Pero bastante antes que eso sucedió la pobreza, la comida escasa, el sacrificio de Otilia, la venta de buñuelos y hasta de carne, la polenta infinita de las cajas PAN, la rebeldía que nació en ella de chiquita y aquellas idas dolorosas a la psiquiatra, las ausencias que lastimaban y, sobre eso, la decisión de sacarla de la escuela Santa Rosa de Lima, donde las maestras la consentían, la con-

tenían y la agasajaban, chocolate con leche en lugar del consabido mate cocido solo por ser hija de esa otra maestra, Nilda Elías, su madre. Puede enumerar paso a paso el derrotero de sus padres: la parroquia con el padre Osvaldo Silva –antes de que, como dice ella, revoleara los hábitos para casarse–, las Fuerzas Armadas Revolucionarias, la fusión con Montoneros, la vecinal, la cooperativa de vivienda y la bloquera, el Movimiento Villero Peronista, Laferrere, Moreno, Resistencia, la clandestinidad y las garras de la represión, primero de la Triple A, luego de la dictadura tanto cívica como militar. Entonces, tras el alejamiento de la escuela del barrio, un recomienzo en la López y Planes, situada justo enfrente de la Comisaría Cuarta, pozo de torturas en la noche militar. Después, la escuela Domingo Silva (por el educador rinconero, no por su abuelo homónimo) y mientras tanto el crecimiento de su indocilidad, que la hacía chocar con el carácter severo de Otilia. Uno de los cruces, por la elección de la secundaria. Otilia decía: “tu mamá hubiese querido que vayas a la comercial”. Y Valeria: “¿Cómo va a querer mi mamá que vaya a esa escuela si era una escuela de varones?, horrible, era el primer año que había mujeres, un espanto”. Con el inicio del cursado del segundo nivel escolar también empezó a militar en el Frente de Apoyo a Madres, y después de los sucesos de Semana Santa del 87, el intento carapintada de golpe de Estado, se decidió a militar en un partido. Pero no podía ser cualquier partido, sino uno que no hubiese firmado el famoso Acta de Compromiso Democrático, una especie de antecedente de la Ley de Obediencia Debida. Y así cayó en el Movimiento al Socialismo (MAS). Después se conformó el Frente Amplio Estudiantil (FAE) con organizaciones similares –rejunte de zurdos, se le escapará alguna vez– de la Escuela Indus-

trial, de la Almirante Brown y de la Normal, teniendo como rivales políticos a unos jovencitos enrolados en un engendro denominado Frente de Estudiantes sin Identificación Política (Fesip). De actividades de la FAE, tomas, sentadas, etcéteras, sobrevino su expulsión de la escuela.

Con flamantes 15 años conoció una comisaría, una razzia arriba del colectivo, volviendo de la escuela Paso, donde cursaba de noche. Se ríe de sí misma al recordar el escándalo que provocó al negarse a subir a un camioncito policial, al enrostrarles a los agentes la violación de una chica en la Comisaría Primera, que había trascendido en esos meses. Y así, junto a otras cuatro o cinco mujeres fue llevada –se puede arriesgar: arreada– caminando desde Mendoza y la vía hasta la comisaría que quedaba a la vuelta de la casa de Otilia. Aflauta la voz para imitarse: “No hay personal femenino”. El policía que la atendió le preguntó qué era de la maestra, y ella preguntó si se refería a la que mató la policía. Se ríe de aquel disgusto y tantos años después reflexiona: Estaba enojadísima, y el policía le contó que su mamá había sido su maestra. Con el tiempo pensó: “Mirá qué bárbaro, él estaba conmovido, conocía la historia”.

Después de vivir en casa de Tere se mudó más cerca de Santa Rosa de Lima, en Zavalla y General López, con unos compañeros del MAS, y luego Necochea y Ruperto Godoy, época en que conoció a Marcelo, un ex combatiente de Malvinas con quien estuvo durante diez años, padre de Corina y de Tomás. En aquel momento Otilia le dijo que le habían dejado una carta los chicos de HIJOS. No fue. Recién un tiempo después se acercó. Se ríe de lo que pensaba: “No me junto con nadie, estos por peronistas, estos son comunistas”. Pero se fue enganchando de a poco, conoció a Lucila Puyol, le gustó eso de escrachar a

los represores impunes, y un año pasó y luego otro, hasta llegar a ser una de las más consecuentes, con un trabajo activo en el equipo jurídico de la agrupación, por lo cual conoce la marcha de todas las causas que se tramitan en la Justicia Federal relacionadas a crímenes de lesa humanidad. Puede hablar de eso todo lo que haga falta, pues su pareja desde hace varios años es Guillermo Munné, uno de los abogados de HIJOS y habitual querellante en los juicios junto a Lucila.

HIJOS fue para ella una experiencia distinta a lo conocido hasta allí, pasar de la práctica vertical de cualquier partido político a un armado horizontal, asambleario.

Luego, cuando se refiere a Santa Rosa de Lima, el lugar de construcción de Luis y Nilda, se entusiasma y enumera virtudes: “Es un barrio muy militante, todo el mundo milita en un partido, radical o peronista, en el MTL (Movimiento Territorial de Liberación), en la vecinal, en la iglesia. Remarca que hay varias, de distintos credos, y que los domingos todos los templos están llenos”.

“Aparte de comer, robar, vender, prostituirse, ir a trabajar, lo que sea que haga una persona para ganarse la vida, también va a la iglesia, al partido, a un lugar de contención”, dice.

* * *

CORINA ES su hija mayor y Tomás el menor. Ella, pese a que Valeria no se preocupó por incentivarla –más bien todo lo contrario– siguió sus pasos y se incorporó a HIJOS. De un carácter encantador, Cori es, entonces, la cuarta generación de militantes que hay en la familia, empezando por Nilda, que enseñó el camino para su

madre y su hija, y que ahora encontró continuidad en la más pequeña, a su vez influida más por la acción que por la palabra de sus antecesoras. Y no es solo la cuestión de los derechos humanos lo que motiva su militancia: todas subieron a la ola verde del derecho de las mujeres a vivir libres, a decidir sobre sus cuerpos, y por lo tanto también sobre continuar o interrumpir un embarazo. Y luego Tomás, o Tomi, cuyo nombre surge en una anécdota escolar, de niño de cuarto o quinto grado que levanta la mano cuando la maestra pregunta por la dictadura y dice: “Los que mataron a mis abuelos y mandaron a la guerra a mi papá”. Y allí el asombro docente y la consulta a Valeria si todo eso es cierto, que sí lo es.

* * *

OTILIA PARA Valeria es inspiración y motivo de orgullo. Cuando habla de ella suele adoptar un tono de voz más bajo y también se divierte con algunas de sus salidas. “Es una mujer grande”, recuerda, y menciona “toda la tradición y todo el bagaje moral que puede traer una persona de más de 90 años”. Ese que asoma cuando recibe el saludo de las chicas y luego no consigue reprimir el comentario porque “se le veía toda la panza y así no se puede hacer política”. A partir de esa severidad surge la historia de las idas y vueltas, a lo largo de los años, entre la nieta adolescente y rebelde y la abuela rigurosa. Y el juicio mutuo, en tiempos de tristeza y de roles que lo absurdo de la muerte joven de Nilda trastocó para ambas. Valeria, con años de pensarlo, lo sintetiza en una frase: a Otilia le tocó un papel muy difícil, pues ejercía la autoridad sin ser la madre, entre lógicas diferencias

generacionales. Valeria reconoce también haberla juzgado, cuando en las fiestas de fin de año Otilia preparaba la comida para la cena familiar y llegando la noche se ponía a llorar, por Nilda, por su propia tristeza, junto a Marcelo. Y a ella que le molestaba mucho y que le pedía que no lo hiciera. “Pienso ahora que si me pasara a mí lo que le pasó a ella con su hija yo hubiese hecho lo mismo, me pasaría la vida llorando, pero en ese momento no tenía hijos”. Luego de las épocas de rigidez de Otilia, las relaciones se estabilizaron, se estrecharon. Otilia y Valeria parecen estar muy conectadas, la nieta se jacta de los muchos años de luchas conjuntas, de compartir objetivos. “Nos hemos perdonado”, dice.

IX

OTILIA ACUÑA fue durante muchos años una mujer como tantas, jefa de hogar numeroso, en permanente combate contra la pobreza, inmersa en una realidad que podía otorgar algunas cosas, pero nunca tregua. Estaba camino a los 60 años, con todos los hijos grandes, con la vida ya comenzando a ser otra cosa, cuando todo cambió en un instante, en menos que una noche. El 11 de abril de 1977 asesinaron ante sus ojos a su hija Nilda. Lo hicieron porque era una militante social, por sus ideas políticas, y para saciar una sed de sangre joven que fue marca distintiva de la dictadura argentina de la década del 70. La militante Nilda dejó un legado en sus hijos, con Valeria que crecería unos pocos años y ya sería reflejo de lo que ella fue. Pero antes en su madre, que en el minuto crucial dejó de ser una señora de barrio que se aprestaba a ingresar en la vejez luego de una vida de sacrificios, como tantas. No es que de repente se transformó en la heroica mujer que un día, muchos años después, fue sin proponérselo un símbolo. La cosa fue más peregrina: tres bocas ávidas, todo a su cargo, sin los medios suficientes y, no es difícil sospecharlo, no mucha claridad en los fines. No sabía leer y tenía una experiencia como cocinera en un comedor universitario, pero también, desde la noche fatídica, una criatura de seis años, otra de cuatro, y un bebé de ocho meses pasaron a depender de sus brazos y de los de Alejandro, su hijo menor, desde

aquellos años su apoyo. Esa época de privaciones fue origen de preguntas y reflexiones: ¿Por qué el crimen?, ¿Por qué contra una mujer que se preocupaba y actuaba por los otros?, ¿Por qué la aridez de la vida? Y la semilla que esparció Nilda halló su lugar y comenzó a germinar.

Las balas que segaron la vida de Nilda fueron disparadas por un sistema opresivo que todavía continuó otros seis años en el poder. No había quien pudiese ayudar, ni puerta que golpear. Otilia y los suyos fueron vigilados de cerca, el subcomisario Juan Calixto Perizzotti entregó el cuerpo de Nilda después de las mil trabas que le permitía su mando, y ya en el cementerio, recuerda Otilia que en el momento de sepultar a su hija sin haber podido velarla, la frase de un represor: “Cuidadito con llorar”. Ese fue el punto de partida de Otilia Acuña y sus más de 40 años de vida posterior.

* * *

UNA ESTUFA a cuarzo templada el ambiente del lugar donde Otilia pasa sus tardes. Es bastante amplio, incluye la cocina, que da al fondo de la casa, y la mesa que es centro del comedor, contra la ventana que muestra la calle. El frío de junio puede adivinarse a través de esos vidrios mirando a las personas que pasan con sus abrigos en la opacidad del cielo nublado. Ella, con el pelo todavía húmedo y prolijamente peinado, se sienta en un sillón, con un saquito celeste, de bebé, en el regazo. Ha comenzado a tejer y solo se detiene cuando la artrosis de una de sus manos se manifiesta con dolor.

Otilia nació en el hospital de Caridad el 16 de marzo de 1922, y recuerda que de niña vivió en una casa de

calle San Lorenzo, por el sur de la ciudad, con su abuela paterna. Pide que no le pregunten mucho por su papá y por su mamá, no queda claro si es porque su memoria no alcanza a penetrar semejante maraña de tiempo o si, por el contrario, la imagen es clara y dañina. Dice: “Si ellos se iban para allá, me dejaban acá, y si se quedaban acá, me mandaban para allá”. Lo cierto es que vivió una infancia sin grandes afectos, a los escasos cuidados los obtuvo de la familia de su padre, y con su madre recién volvió a tener algún tipo de contacto una vez que fue adulta y con sus seis hijos ya nacidos.

La casa de Otilia es modesta, en el más estricto sentido, pero sin embargo rezuma calidez y comodidad. De los orígenes puede saberse que cuando allí llegaron Otilia y Made no había más que una piecita y lo que hoy es la cocina. Todo el barrio era descampado, a excepción de unos cuantos ranchos y unas pocas casitas como la de Otilia, que fueron rodeadas con el tiempo por cientos de construcciones igualmente sencillas, que transformaron la zona en una de las más populosas de la ciudad. Cuenta ella que el tapial que hoy puede verse no existía en el momento que –y vuelve otra vez el instante fatal– mataron a Nilda. “El cerco de esta casa y de todas las demás era de cañaveral”, explica, y apunta hacia el oeste para enseñar lo que desde su casa hacia el terraplén Irigoyen era zona de bañados. Y lo que hoy es la plaza, en esos años era un basural nutrido por las inmundicias que arrojaban los camiones municipales. Otilia señala la casa, la abarca con un gesto desde adentro y cuenta que Alejandro nació ahí. ¿Y antes? “Antes andábamos de acá para allá, de agregados”.

¿Cómo recuerda a Nilda?, se le pregunta, y ella habla de un carácter fuerte y decidido. Dice que era de

andar siempre con un lápiz o una lapicera y sus papeles, y a los hermanos –aún a los mayores– los tomaba como alumnos y la única que a veces se le retobaba era Mirta, que tenía un par de años más que ella y era de la idea de hacer las tareas de acuerdo al criterio de sus maestras y no como decía la aspirante a serlo algún día. Y así como tiene clara la imagen de Nilda, tiene también la de su yerno: “Lo recuerdo bien a Luis, él con su familia vivía en calle Estrada, que no era muy lejos de acá pero no teníamos contacto. Lo empecé a conocer más cuando Nilda comenzó a dar el catecismo en la parroquia”. Se ríe al decir que al principio pensó que con Nilda eran solamente amigos y concluye en que “era buen muchacho, muy bueno”. No ha olvidado tampoco que le decían Patón y se divierte con la anécdota que se le viene a la mente, cuando recién casados su hija fue a comprar un par de zapatillas y le trajo un número grande, pero insuficiente para el talle 48 o 49 que calzaba. Según Otilia, su nieto Marcelo, el mayor y cuyo primer nombre es Luis, “tiene mucho aire al padre”, al contrario de Valeria y de Nicolás, que se parecen a su madre.

Alejandro llama Ñata a Valeria y asume cierto grado de paternidad con sus sobrinos. Por la edad que tenía al momento del asesinato de Nilda, 16 años, es un nexo insoslayable entre su hermana y los hijos. También es custodio de unas cuantas vivencias que cuenta Otilia, como aquella de cuando Nilda le sacaba la ropa a él para dársela a algún chiquito que no tenía nada, con la promesa de reponérsela al momento de cobrar su salario; o la del carácter estricto de ella para aclararle que en la calle o en su casa era su hermana, pero en el aula era, también para él, la señorita Nilda.

Si el tema es Otilia, el testimonio de Alejandro se

vuelve esclarecedor, ya sea por sus opiniones como por tratarse de una suerte de ayuda memoria de su madre. Aunque resulte ilógico, cree que Otilia heredó mucho de Nilda. Dice que ella tenía una idea de la vida y que cuando se encontró con la situación del asesinato y la responsabilidad de criar a sus tres nietitos tuvo que afrontar una lucha para la que aparentemente no tenía armas. “Sus hijos ya éramos grandes, ella tenía la vida resuelta, y asumió la lucha que la hija le dejó, peleando, yendo a la Caja (de Jubilaciones) a buscar una pensión, a hablar con este, con aquel, de la nada, sin tener estudios ni escuela, sin saber leer ni escribir. Cuando empieza su lucha no tenía nada”, dice Alejandro.

Después de trabajar con Raúl Zufritti, otro de los nombres que quedó en la historia grande de Santa Rosa de Lima, comenzó la militancia de Otilia en los organismos de derechos humanos. Pero lo suyo en madres fue el perfil bajo, sin discursos más allá de su arenga a los jóvenes, lo de no abandonar, que es también lema y crónica de su vida. Si algo caracteriza su accionar en su barriada, y que sin dudas la acerca a su hija militante, es el trabajo social, siempre atenta a lo que sucede en su medio, alejada de la cuestión partidaria. Entonces, bien puede hablar de su hija, pero también de ella misma. Con orgullo dice que Nilda fue presidenta de la vecinal 12 de Octubre, que desde allí surgió la fábrica de ladrillos, que a su vez dieron lugar a las casitas de la cooperativa de vivienda. Y con el mismo espíritu, pero con tono humilde, dice que si alguien de su cuadra necesita algo, si enfrente de su casa hay un apuro, ella estará para dar una mano. Después dice una que debería llamar a la reflexión: “No hago nada por esto (roza el pulgar y el índice, forma común de aludir al dinero), porque si así fuera, no tendría cosas en

mi casa que se me están cayendo y no tengo para arreglarlas”. Y por si hiciera falta que lo diga, se toca el pecho, en la izquierda, sobre el corazón, porque dice que desde allí actuaba su hija y también lo hace ella.

Vuelve en forma permanente al rescate de los valores que regían la vida de su hija. Incluso se atreve a mencionar palabras como traición al decir que en eso incurriría si no actuase como lo hacía Nilda.

“Ella no hacía nada por interés”, reitera. Y cuando remarca el verbo hacer enumera el paso de su hija por las instituciones del barrio. Y le dan la razón esas viviendas humildes que todavía resisten el paso del tiempo y cuyos ocupantes originales, que con sus brazos y los de sus vecinos las levantaron desde los cimientos hasta el techo, o ya no están o están como sus casas, en la resistencia a estos tiempos.

Otilia, como queda expuesto en cada conversación, tiene una idea clara sobre sus intenciones y la política. Nada por dinero, todo por solidaridad con el que necesita, el hombre por encima de las estructuras, carne y hueso antes que cáscaras. Quien llega hasta su casa la encuentra dispuesta: ella apoyará la causa que la convenga. Pero será capaz de decir que luego de lo que pasó con Nilda la política no existe más. Y no es posible contradecir esa postura si no se pierde de vista su tragedia. Sin embargo, como le ha dicho a algún gobernador de turno, votará al hombre que va a cumplir, no al político. Porque el recuerdo de su hija, su obra y también la manera en que fue asesinada se terminan fusionando en una frase que lo explica todo: “Cuando yo necesité, nadie apareció, y Nilda fue la persona que hizo todo esto, se arremangaba los pantalones y trabajaba en la colocación de los caños para la luz eléctrica, para el agua, porque ni la igle-

sia tenía esos servicios”. Y luego traduce al lenguaje de la vida cotidiana lo que implicaba vivir en aquellas condiciones: “Yo no quería que fuera verano porque había cuatro canillas donde luego de hizo la plaza y las usábamos todos los que vivíamos en el barrio”. En ese lugar, el de las canillas que proveían el agua escasa, hacían los recreos los alumnos de Nilda, los de las aulas radiales levantadas por la vecinal al costado de la parroquia.

Y del legado de su hija, en la lógica inversa que causó la violencia política en el país y la región en los años 70, al camino propio de una Madre de Plaza de Mayo. Al igual que en esos años su hija, ella comenzó su larga caminata acompañada por militantes que perseguían los mismos objetivos. Fue reconfortante para ella conocer a Hugo Kofman, que cruzó la vía y llegó a su casa con noticias y experiencias. Y a partir de allí la posibilidad de reconocerse en otras mujeres que se rebelaban contra la ausencia de sus hijos y luchaban para que alguien les diga qué había sido de ellos. La primera fue la Negra Ravelo, que sería amiga inseparable de Otilia, y luego Ramonita Maldonado. Ellas tres, las Madres del oeste. Después, Queca Kofman, que llegó desde Concordia con la estela de una larga batalla sobre sus espaldas y también forjó una amistad verdadera. Ese sendero de peleas interminables, que al comienzo les valió el mote de viejas locas, se fue ensanchando y llegó un momento que al mirar hacia los costados se encontraron con mucha gente. Esos que gritaban con fuerza, repetidamente, que a las Madres de la Plaza el pueblo las abraza. De esas primeras marchas, con policías atentos, observando y tomando notas, a esas plazas del 24 de Marzo, cuando los organismos no solo daban cuenta de lo que iba pasando en su lucha específica, sino que también expresaban sus pareceres sobre las coyun-

turas políticas, con la entrega del Estado y la indiferencia oficial en los años 90, la caída de las leyes de impunidad y la posibilidad de los juicios en la primera década del nuevo siglo, a los retrocesos de la época de los gerentes locales de la patria en oferta en las góndolas del neoliberalismo, a partir de 2016.

Y transversalmente, la vida de Otilia. Recorriendo sobre sus pies las calles y la realidad, apoyándose en un bastón a medida que pasaban sus visitas al quirófano por una rodilla o por la cadera. Después, sobre la silla de ruedas, para las distancias largas y para no dejar de estar nunca, bajo ninguna circunstancia, con lluvia o con sol. Esa presencia, siendo ya en los últimos tiempos la única de las Madres, comenzó a irradiar un aura, a generar sensaciones muy difíciles de explicar y desde luego de contar, y que solo pueden advertirse observándola de cerca. Los jóvenes son especialmente receptivos a ese influjo, se le acercan en las marchas y le toman fotografías, con timidez le piden un beso o simplemente la acarician, la oyen decir algo, saludar. La ven en las marchas feministas portando con orgullo su pañuelo blanco universal pero enarbolando también el pañuelo verde que simboliza la disputa por la legalización del aborto. Otilia cautiva llegando en una noche de crudo invierno a una charla, o madrugando para asistir a una audiencia en el Tribunal Oral Federal, o cuando marzo ya se consume y es hora de los actos por la Memoria, la Verdad y la Justicia. Ese es el día más esperado, pero a la vez el más triste. “Hay días en que me levanto llorando, mi hija no se me puede salir de acá”, dice Otilia tocándose el pecho. El 24 de Marzo es el día en el cual se concentran las muestras de amor que son su sustento, pero también todo lo que le hace daño. “Hay gente que me dice: doña Otilia, no llore

tanto, pero es impresionante el dolor del recuerdo, ver a mi hija tirada en el suelo”.

En medio de esa contradicción, porque Otilia es una mujer que las ha tenido enormes, quizás se atesore una clave de su persistencia. Ella siente que la marcha que no detendrá mientras respire es su destino. “Es mi obligación seguir, porque no tengo que pensar solo en mí. Yo perdí... a mí me mataron una hija, pero nosotras las Madres pensamos en todos, en todas las madres que han sufrido como he sufrido yo”.

Allí radica, quizás, una de las razones por las cuales provoca reacciones de amor, de rebeldía, de admiración, o simplemente de ternura. Hay quienes dicen que Otilia “es la más”, que a sus 96 años posee algo de actitud punk, que tiene mucho de rocanrol. Tal vez transmita eso por su incuestionable juventud. Lo que sea, nace de la experiencia profunda de una mujer que una noche recibió el más duro castigo que puede imaginarse para una madre, que en ese momento hizo lo que debía para proteger a los suyos, pero que con los años fue dejando de ser una mera individualidad para expandirse a tal punto que un día que nadie puede precisar su nombre se transformó en símbolo, no de una lucha, sino de todas las luchas. Cuando Otilia dejó de ser un simple nombre para transformarse en una bandera.

Bibliografía y fuentes documentales

LIBROS CONSULTADOS

- Conadep (2013), “Nunca Más, Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas”, Buenos Aires, Eudeba.
- Duzdevich, Aldo (2015), “La lealtad: Los Montoneros que se quedaron con Perón”, Buenos Aires, Sudamericana.
- Feinmann, José Pablo (2010), “Peronismo-Tomo 1”, Buenos Aires, Planeta.
- Feinmann, José Pablo (2011), “Peronismo”, Buenos Aires, Planeta.
- Gobierno de Santa Fe, Secretaría de Derechos Humanos (2007), “Historias de vida. Homenaje a militantes santafesinos. Aportes para la construcción de la memoria colectiva. Tomo I”. Santa Fe.
- Kofman, Hugo Alberto (2014), “Mirar la tierra hasta encontrarte”. Santa Fe, María Muratore Ediciones, segunda edición.
- Sucarrat, María (2017), “El inocente. Vida, pasión y muerte de Carlos Mugica”. Buenos Aires, Editorial Octubre.
- Tourn, Guido (2013), “El padre Mugica en Alejandra”, Vera, Santa Fe, edición del autor.
- VVAA (Obra Colectiva Testimonial) (2003), “Del otro lado de la mirilla, Olvidos y Memorias de ex presos políticos de Coronda 1974-1979”, Santa Fe, Ediciones El Periscopio.
- Zeigner de Kofman, Celina Queca (2017), “Historias y recuerdos de una Madre de Plaza de Mayo”. Rosario, Editorial Último Recurso.

ENSAYOS, ARTÍCULOS ACADÉMICOS

- Alonso, Luciano (2006), “La crisis del movimiento por los derechos humanos en la restauración republicana argentina. Un enfoque situado”, en Anuario de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes - Universidad Nacional de Rosario.

- Alonso, Luciano (2008), “El surgimiento del movimiento argentino por los derechos humanos en perspectiva comparada”, en *Revista Páginas*, Escuela de Historia - Facultad de Humanidades y Artes - Universidad Nacional de Rosario.
- Bozza, Juan A. (2001), “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969”, en *Sociohistórica*, publicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- Raina, Andrea (2012), “Memorias e identidades al interior del grupo de familiares afectados por la última dictadura militar argentina. El caso de hijos de detenidos-desaparecidos en Santa Fe”. *Revista Aletheia*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, volumen 2, número 4.
- Satta, Paula. (2015), “El Movimiento Villero Peronista: Una experiencia de radicalización. Trabajo final de grado. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.
- Snitcofsky, Valeria (2014), “Organización territorial y continuidad histórica: aportes a la luz de los congresos nacionales del Movimiento Villero Peronista (1973 y 1974)”, en *Trabajo y Sociedad*, Universidad Nacional de Santiago del Estero.

DOCUMENTOS

- Legajo del Movimiento Villero Peronista, Policía de la Provincia de Buenos Aires. Año 1974.
- Prontuario de Luis Ismael Silva, Policía Federal Argentina (número 755.242). Año 1975.
- Tribunal Oral Federal en lo Criminal de Santa Fe (22-12-2009), sentencia de la Causa 03/08, caratulada “Brusa, Víctor Hermes - Colombini, Héctor Romeo - Ramos Campagnolo, Eduardo Alberto - Perizzotti, Juan Calixto - Aebi, María Eva - Facino, Mario José S/ Inf. arts. 144, 1er. párrafo de la Ley N° 14.616; arts. 144 bis incs. 1° y 2° y 142 inc. 1° último párrafo de la Ley N° 23.077 y art. 55 del C. P.”.

Tribunal Oral Federal en lo Criminal de Santa Fe (13-06-2014), sentencia de la Causa 208/11, caratulada “Brusa, Víctor Hermes - Ramos Campagnolo, Eduardo Alberto - Perizzotti, Juan Calixto - Aebi, María Eva - S/ Inf. art. 210 del C. P.”.

DIARIOS

Crónica

Diario Uno, de Santa Fe

El Día, de La Plata

El Litoral, de Santa Fe

La Capital, de Rosario

La Nación

La Prensa

Noticias

Página/12 - Rosario/12

REVISTAS Y PERIÓDICOS

Cristianismo y Liberación

El Descamisado

La Causa Peronista

Militancia

Periódico Noreste, Reconquista, Santa Fe





